

COLECCIÓN MÍNIMA / 19

las
3^a EDICIÓN
revoluciones
inconclusas
en américa
latina
1809 - 1968

ORLANDO FALS BORDA

30

0802



LAS REVOLUCIONES INCONCLUSAS EN AMÉRICA LATINA (1809-1968) ORLANDO FALS BORDA.

Los títulos de los capítulos que integran este libro y que sirvieron de base al autor para un ciclo de conferencias dictadas en las Universidades de Londres, Oxford y Essex pueden definir la amplitud y la vigencia social y política que este trabajo tiene para nuestra América:

a) La subversión justificada y su inquietud histórica; b) El cambio marginal: su aplicación a la guerra de liberación (1809-1830); c) La antiélite y su papel en el cambio social; d) Sentido actual de los movimientos guerrilleros; e) Revoluciones inconclusas en América Latina: frustraciones de los procesos sociales; fallas en campañas socioeconómicas, factores negativos de grupo y personalidad.

El autor, sociólogo colombiano, autor de varios trabajos sobre su especialidad, es actualmente Director de Programas en el Instituto de Investigaciones para el Desarrollo Social en las Naciones Unidas en Ginebra.



siglo
veintiuno
editores
sa

32

F

In

UNIVERSIDAD NACIONAL DE SALTAS

LAS REVOLUCIONES INCONCLUSAS EN AMÉRICA LATINA

U.N.S. (1809-1968)

2013

F. Humanidades

36-5-0-2

por

ORLANDO FALS BORDA

Universidad Nacional de Salta

BIBLIOTECA

Nº INT. 60802

FECHA DE INGRESO 11/4/94

PROCEDENCIA Queda

UBICACION



siglo
veintiuno
editores
sa

MÉXICO
ARGENTINA
ESPAÑA



siglo veintiuno editores, sa



GABRIEL MANCERA, 65
MÉXICO 12, D. F.

siglo veintiuno de españa editores, sa



EMILIO RUBÍN, 7
MADRID-16, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa



TACUARÍ 1271
BUENOS AIRES, ARGENTINA

320.980

F 197

60802

primera edición, 1968
segunda edición, 1970
tercera edición, 1971
© siglo xxi editores, s. a.

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en México
printed and made in Mexico

INDICE

PRESENTACIÓN	7
1. LA SUBVERSIÓN JUSTIFICADA Y SU IMPORTANCIA HISTÓRICA	8
2. EL CAMBIO MARGINAL: SU APLICACIÓN A LA GUERRA DE LIBERACIÓN (1809-1830)	17
Cambio marginal en los valores, 20; Cambio marginal en las normas y en la organización social, 25; Cambio marginal en la tecnología, 29; La marginalidad en perspectiva, 31	
3. LA ANTIÉLITE Y SU PAPEL EN EL CAMBIO SOCIAL	34
Un caso de captación reaccionaria (1848-1854), 39; Un caso de captación positiva pero inconclusa (1922-1948), 42; La búsqueda de nuevas antiélites, 44	
4. SENTIDO ACTUAL DE LOS MOVIMIENTOS GUERRILLEROS	47
Distribución de las guerrillas, 50; Estrategia y tácticas, 51; Liderazgo y composición, 53; Tendencias actuales, 55; El reto moral de las guerrillas, 57	
5. REVOLUCIONES INCONCLUSAS EN AMÉRICA LATINA	59
Frustración de los procesos sociales, 64; Fallas en campañas socioeconómicas, 71; Factores negativos de grupo y personalidad, 75	

PRESENTACIÓN

La ocasión, de veras propicia, para realizar este trabajo me fue ofrecida generosamente por el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres. Bajo sus auspicios, durante el transcurso de los primeros meses de 1968 preparé estos textos en forma de conferencias, para presentarlas en varias entidades invitantes: Royal Institute of International Affairs, London School of Economics, Foreign Affairs Club y las universidades de Oxford y Essex. Tres de estos textos aparecen por separado en inglés y en forma de folleto, publicado por el Instituto de la Universidad de Londres ya nombrado.

Al autorizar esta edición he tenido muy presentes las sugerencias sobre la popularización de las ideas contenidas en mis libros que algunos colegas me han hecho, así en Colombia como en otros países. En especial quiero agradecer el estímulo que sobre este particular he recibido de Pablo González Casanova y de Fernando Henrique Cardoso. Lejos está de mí sostener que he resuelto el problema por ellos planteado, y debo confesar mi falta de talento y de tiempo para hacerlo. Sin embargo, someto este libro al buen juicio del público, en la esperanza de que pueda ser útil para el progreso de nuestra región y para la causa del cambio revolucionario en América.

ORLANDO FALS BORDA

Londres, abril de 1968

1. LA SUBVERSIÓN JUSTIFICADA Y SU IMPORTANCIA HISTÓRICA

El mundo de las palabras encierra cosas insospechadas, a veces tan sutiles, que su verdadero sentido no se revela sino a escritores geniales o a aquellos devotos de la lingüística que hacen de esa fascinante búsqueda la razón de ser de su existencia.¹ Al acceso del lego queda un universo simplificado de palabras en que los objetos se interpretan según pautas transmitidas de padres a hijos por la tradición. Muchas veces los términos señalan contrastes profundos —lo negro, lo blanco—, y como la tradición es fuerte, esos contrastes primarios se trasladan al campo de lo moral. Aparecen entonces vocablos que tienen que ver con “lo bueno” y “lo malo”, “lo apropiado” y “lo condenable”, a través de los cuales se enseña desde pequeño a comportarse en sociedad.

Pero generalmente no se entrena para buscar otros tonos y dimensiones que la vida real pudiera ir produciendo. Esto es natural, por el proceso simplista de la enseñanza del niño. Lentamente, ya en la adolescencia, empieza a dibujarse ese indefinido universo de lo ambiguo y de lo inclasificable. Al entrar a ese mundo inasible, se descubre, perplejo, que el contacto con la realidad puede volver tornasol el colorido simple de los conceptos y de las ideas de las cosas que transmiten las palabras, dejando muchas veces sin sentido los vocablos aprendidos.

1 Cómo cambia el sentido de las palabras a través de los años es materia de interesantes estudios, pues este proceso refleja el desarrollo social. Por ejemplo, véase lo ocurrido con el concepto de “antropología”. Cómo se entendía este concepto en España a principios del siglo XIX queda constando en el *Diccionario de tropos y figuras de retórica* de Luis de Igartuburu, publicado en Madrid en 1842. Se definía así la antropología en aquella época (p. 30): “Término introducido por los teólogos en el lenguaje gramatical, por el que se entiende aquella especie de Prosopopeya o Personificación, por la cual los hombres se ven obligados, hablando de Dios, a atribuirle partes corporales, un lenguaje, gustos, afecciones, pasiones, y acciones que sólo pueden convenir a los hombres”.

Al perder el fondo tradicional, el lenguaje se vuelve entonces confuso, en tal forma que una palabra dicha por una persona puede no entenderse en el mismo sentido por otra, aunque posea una cultura semejante.² Cuando esto ocurre —cuando en la comunidad empiezan a hablarse lenguajes diferentes aunque el idioma sea el mismo—, aparece el cisma ideológico que distingue una profunda transición social: los gobernantes se aíslan en aquella fraseología vacua de todos conocida; los pobres murmuran de su “lucha” y su “necesidad” en un contexto difícilmente aprehensible a los intelectuales; los jóvenes adoptan una jergonza propia que abre aún más la brecha entre las generaciones; los sacerdotes gesticulan en el púlpito sin llegar a la mente de los feligreses; muchos profesores no logran hacer despertar el talento de sus estudiantes, cuyo universo real se sitúa más allá de la imaginación de los preceptores rutinarios. Y así en otras expresiones comunes de la vida en sociedad.

La Torre de Babel de ideas que es síntoma de la transición social profunda lleva muchas veces a hacer revaluaciones de aquello aprendido en la niñez, es decir, de las creencias relacionadas con asuntos fundamentales y con la orientación personal. El impacto del cisma, el descubrimiento de la ambigüedad, la aparición de la perplejidad, van llevando a una redefinición de la vida. Es como si se volviera a nacer y se sintieran otra vez las tensiones del crecimiento. Pero esta vez se puede tomar una dirección distinta, adquiriendo el hombre dimensiones que quizá no plazcan a sus mayores y que a la vista de éstos pudieran parecer deformaciones. Pero he ahí la esencia del asunto: en ese momento, lo que es monstruoso, inmoral, malo o negro para aquellos dejados atrás inmersos en la tradición, podrá ser moral, conveniente, o blanco para aquellos

² Algunos sociólogos han entendido bien este problema. Por ejemplo, Camilo Torres Restrepo preparó una lista de palabras que se entendían de manera diferente por las clases superiores y los grupos de trabajadores y campesinos colombianos. Publicó esa lista en *El Espectador* de Bogotá a mediados de 1964. Está reproducida en la edición de sus obras por el Centro Intercultural de Documentación de Cuernavaca, México, 1967, y en la edición francesa, *Écrits et paroles*, París, 1968, pp. 171-2.

otros que añadieron nuevas dimensiones a su vida y enriquecieron el vocabulario vital.

Son muchas las palabras que tienen ese tinte tornasol y que cambian de color según el ángulo del que se miren, especialmente cuando se ven a la luz de las cambiantes circunstancias históricas: violencia, justicia, libertad, utilidad pública, revolución, herejía, subversión. Puede verse que son conceptos arraigados en emociones, que hieren creencias y actitudes y que inducen a tomar un bando definido. Por eso son valores sociales; pero pueden ser también antivalores, según el lado que se favorezca durante el cisma de la transición. Cada uno de esos conceptos lleva en sí la posibilidad de su contradicción: no se justifican sino en un determinado contexto social. Bien pueden entenderse según la tradición, pero también pueden concebirse y justificarse con referencia a hitos colocados hacia el futuro que impliquen un derrotero totalmente distinto a aquel anticipado por la tradición.

Ésta es la posibilidad relativa, contradictoria, flexible, futurista, que no se enseña en la niñez cuando las cosas son más bien blancas o negras. Quizá el entrenamiento en la contradicción desde niño sea insufrible y no produzca sino esquizofrénicos o locos. Pero ocurre que la desadaptación surge en la sociedad, quíerese o no, cuando ésta se halla inmersa en momentos de conflicto y tensión como los actuales. Evidentemente, no se entrena para anticipar estas tensiones ni para vivir en mundos tan conflictivos. Si así fuera, sería fácil entender la naturaleza real de la "subversión" que ocurre hoy por campos y ciudades, en universidades y entre intelectuales, en las clases altas y en las bajas, y de cuyas consecuencias se lee a diario en los periódicos de todo el mundo.

Pero la palabra "subversión" es una de aquellas que no se entienden sino para referirse a actos que van en contra de la sociedad, y por lo tanto designa algo inmoral. Sin embargo, llega el momento de preguntarse: ¿cuál es la realidad en que se mueve y justifica la llamada "subversión"? ¿Qué nos enseña sobre este particular la evidencia histórica? ¿Qué nos dicen los hechos actuales sobre los "subversores", "antisociales" y "enemigos de la sociedad"?

Una vez que se estudian las evidencias y se analizan los hechos, aparece aquella dimensión de la subversión que ignoran los mayores y los maestros, que omiten los diccionarios de la lengua, y que hace enmudecer a los gobernantes: se descubre así cómo muchos subversores no pretenden “destruir la sociedad” porque sí, como un acto ciego y soberbio, sino más bien reconstruirla según novedosas ideas y siguiendo determinados ideales, o “utopías”, que no acoge la tradición. Como lo observaba Camus, el rebelde es un hombre que dice “no”, pero que no renuncia a su mundo y le dice “sí”, por cuanto en ello va el sentido de la conciencia de su lucha.³ Esta falta de congruencia consciente con la tradición puede ser muy positiva, y hasta constructiva. ¿No ocurre a veces que la falta de moral y el sentido encubierto de la destrucción se hallan precisamente en la tradición?

Como en épocas pasadas, cuando hubo similares cismas ideológicos, este esfuerzo de reconstruir a fondo la sociedad es penoso, contradictorio, violento y revolucionario; asimismo va contorneando y forjando en su yunque al nuevo pueblo y al nuevo hombre. Éste, en el fondo, será un rebelde, y sus actitudes girarán en torno a la rebeldía. El acto de la re-vuelta, con el movimiento contrario que implica la palabra, hace al hombre andar por nuevos senderos que antes no había vislumbrado, le hace pensar y le hace dudar, adquiriendo, quizá por primera vez, la conciencia de su condición vital. Esta conciencia es subversiva. Además, como la rebelión implica esta conciencia, y aquella en sí misma es constructiva, el subversor rebelde adquiere una actitud positiva hacia la sociedad: no puede dejarse llevar por el resentimiento —en el sentido de Scheler— que es una intoxicación de uno mismo y que no proyecta una imagen futurista. Lejos de consumirse como un resentido, el subversor se sacrifica por el grupo y se torna en un gran altruista. Por eso, al fin de cuentas, la conciencia del subversor rebelde es una conciencia de la colectividad que despierta, y que lleva a todos a una inusitada aventura existencial.

³ Albert Camus, *L'homme révolté*, Paris, 1951, pp. 25-36.

Con el correr del tiempo y el descubrimiento de las nuevas perspectivas sociales, los llamados "subversores" pueden llegar a ser héroes nacionales o mártires y santos seculares. Por eso luego se canonizan o veneran. Recuérdese no más al monje Savonarola, tan subversivo y herético en sus días, que hubo de ser quemado vivo. Hoy es respetado y va en camino a los altares. Recuérdese a los otros rebeldes de la historia —Jan Hus, Lutero, Espartaco, Moisés, para hablar de los más antiguos— a quienes hoy se adscriben funciones positivas de regeneración o renovación social. Reléase la historia de las naciones y véanse los casos concretos de la llamada "subversión" que en los momentos de su aparición no fueran árdidamente criticados, acerbamente incomprendidos, mil veces cruentamente sofocados por personeros de la tradición cuya estatura moral no alcanzaba ni al tobillo de los revoltosos, y cuya causa de defensa del orden no podía ser justa. En estos casos los antisociales no podrían ser los subversores, sino aquellos que defendieron el orden injusto, creyendo que era justo sólo porque era tradicional.

Sin ir tan lejos, puede ilustrar esta tesis lo ocurrido a los jóvenes del Nuevo Reino de Granada que se atrevieron a traducir *Los derechos del hombre y del ciudadano* en Santa Fe de Bogotá, y a pensar distinto en 1794: se les expulsó de las universidades y seminarios, se les encarceló, se les desterró. El chantre de la Iglesia neogranadina de aquellos días de cisma les llamó "ociosos, libertinos, y dedicados a la moderna por sus perversas máximas, inclinados y propensos a la subversión".⁴ Y luego se registra, para vergüenza de la Iglesia y del chantre mismo, que aquellos jóvenes "libertinos y subversivos" eran en realidad los campeones de una nueva libertad. Pero esto no se aceptó de veras sino en 1819, cuando el movimiento de independencia se había fertilizado con la sangre y vigorizado con la persecución de aquellos llamados "subversores" de unos años atrás. De seguro este conflicto se ha venido repitiendo periódicamente, cada

⁴ Eduardo Posada y Pedro M. Ibáñez (eds.), *El precursor*, Bogotá, 1903, p. 50

vez que aparecen rebeldes verdaderamente motivados hacia la transformación social y que poseen una nueva visión de las cosas. Así irrumpen en la historia aquellas personas que ponen en duda, con razón y justicia, la herencia del ancestro y el acervo tradicional.

El período que se vive hoy en muchas partes del mundo es un momento histórico subversivo en el mismo sentido futurista, constructivo y positivo que tenían los fundadores de las repúblicas americanas en el siglo XVIII. Muchos lo han sostenido y documentado ya: vivimos el momento decisivo de una subversión histórica en que se sientan las bases de una nueva sociedad.

Volvamos, pues, a preguntarnos: ¿qué hay detrás de la palabra "subversión"? Quizá pueda verse ahora que esta palabra tiene una significación infundida por la realidad social y la relatividad histórica. No es un concepto blanco, ni tampoco es negro. Surge del proceso de la vida colectiva como un hecho que no puede negarse y al que es mucho mejor mirar de frente para entenderlo en lo que realmente es. No es moral ni inmoral, porque su naturaleza no proviene sólo de la dinámica histórica del pasado, sino de la proyección utópica que tiene la acción subversiva hacia el futuro.

Esta posibilidad de la función positiva de la subversión (problema epistemológico en el fondo) se olvida periódicamente por los pensadores ortodoxos que tienden a saturarse de la tradición. El análisis de las experiencias latinoamericanas (y de otras partes) prueba que muchas transformaciones significativas y profundas de la sociedad han sido posibles por efecto de la acción subversiva y el pensamiento rebelde. Esto en sí no es nuevo. Pero al llevar la tesis al período actual, para poder entender estos momentos decisivos de la colectividad, es necesario darle al concepto de subversión aquella dimensión sociológica que permita una explicación menos deformada e interesada, y menos nebulosa, que la ofrecida por publicaciones periodísticas y la influyente literatura "macartista". Esta explicación sociológica no puede ser otra que la basada en la comprensión de hechos sociales, como las ideologías, las motivaciones, las actitudes, las metas y la organización

de los subversores mismos. Por supuesto, estos hechos van cambiando con los tiempos, porque las causas por las cuales se rebela se van modificando. Pero la explicación sociológica podría ofrecer respuestas y evidencias que en otra forma serían imposibles de alcanzar en este campo.

Muchos de estos hechos sociales que causan la subversión, o que la conforman, escandalizarán a aquellos miembros del "sistema" tradicional que se benefician económica y políticamente en las incongruencias y las inconsistencias del orden social existente, y que son expuestas al sol por los subversores. La aprobación de los grupos privilegiados no puede esperarse cuando los cambios propuestos son tan profundos que echan por tierra sus intereses creados. En todo caso, para comenzar a entender este asunto, tómense como punto de partida las motivaciones y pretensiones de los rebeldes. Cuando la rebeldía nace del espectáculo de una condición propia, injusta e incomprensible, o cuando surge de observar en otros los efectos degradantes de la opresión, o cuando a través de la rebelión se busca la solidaridad humana como defensa de una dignidad común a todos los hombres, así, con todo esto, el ser subversor no puede convertirse sino en algo positivo para la sociedad.

Dentro de esta filosofía de la subversión justificada podrán entenderse otros conceptos sociológicos relacionados: cambio marginal, cambio significativo, antiélite, guerrilla. Estos conceptos tratan de representar elementos de una sociedad parcial que se transforma en el seno de otra que persiste en la tradición: son una "contra-sociedad", pero con elementos que van mucho más allá de aquella postulada por Mendras.⁵ Así, la subversión se descubre como una estrategia mayor y un proceso de cambio social y económico visto en toda su amplitud, y no sólo como una categoría para analizar la conducta divergente o los

5 Henri Mendras, "Pour une sociologie de la contre-société, *Revue Française de Sociologie*, VIII, 1967, pp. 72-76. Mendras se basa en la investigación de un tugurio parisiense realizada por Jean Labbens en 1964, en la que se plantea el problema de las relaciones entre miembros de ese tugurio, considerados como marginales y *deviant*, y la sociedad mayor, de naturaleza industrial, que lo engendró.

grupos marginales producidos por la industrialización.

Sociológicamente, puede entonces ofrecerse una definición de subversión que traduzca la realidad actual, ya que ésta no se anticipa en los textos comunes o en la enseñanza familiar. La subversión se define como aquella condición o situación que refleja las incongruencias internas de un orden social descubiertas por miembros de éste en un período histórico determinado, a la luz de nuevas metas ("utopía") que una sociedad quiere alcanzar.⁶

Al articularse la subversión como una condición particular en el seno de una sociedad, se integran sus componentes para contradecir o contraatacar aquellos otros que se articulan por su parte, y se integran a la vez, alrededor de la tradición. Así, a los valores de la tradición se contraponen los antivalores de la subversión; a las normas de la tradición, las contranormas de la subversión; a la corriente organización social, la organización rebelde, subversiva o revolucionaria; y a la tecnología heredada, la innovación tecnológica correlativa de la subversión. Esta articulación de la subversión como condición social puede diagramarse de la siguiente manera:⁷



[TRADICIÓN]

[SUBVERSIÓN]

6 Orlando Fals Borda, *La subversión en Colombia*, Bogotá, 1967, pp. 28-29. Véase la edición inglesa, *Subversión and Social Change*, Nueva York, 1968, en prensa, Columbia University Press.

7 Este diagrama se basa en el presentado en el libro *La subversión en Colombia*, p. 244. Véase la definición de "disórgano" más adelante.

Según la evidencia histórica disponible, un país puede cambiar de verdad sólo cuando se integran todos los componentes subversivos mencionados y persisten por más de una generación. Si por alguna causa el proceso del cambio se detiene por un tiempo prudencial, ocurre naturalmente una frustración. Por eso, como antes se dijo, la tarea de la transformación integral es dura: en Colombia, por ejemplo, no ha habido sino dos revoluciones exitosas en toda su historia.⁸ Tal esfuerzo de cambio requiere una combinación de factores y mecanismos sociales para asegurar el éxito entre los cuales descuella la persistencia y el fervor permanente por los ideales de la subversión.⁹

El no haber tenido los rebeldes suficiente conciencia de las complejidades inherentes a la transformación subversiva de la sociedad parece ser una causa de que en la historia de América Latina se registren hoy revoluciones dejadas a medio camino. El conocer tales problemas del cambio profundo, por lo tanto, debe ser elemento importante dentro de la lucha por la reconstrucción de las sociedades. La latinoamericana no es excepción. Nuestro pueblo ha visto negadas sus esperanzas de redención, los talentos de nuestras gentes se han despilfarrado y el ideal del progreso que les ha animado en muchas ocasiones se ha desvanecido en la humareda de guerras civiles caóticas y sin rumbos.

Esto es menos de lo que nos merecemos en América Latina como herederos de grandes civilizaciones. ¿Podremos los latinoamericanos volver a conceptualizar y articular en palabras e ideas las metas valoradas del nuevo hombre? ¿Podremos llevar las palabras a la acción? He aquí las cuestiones que permitirán determinar si la revolución que se avecina quedará o no inconclusa como otras que han pasado.

⁸ *Ibid.*, p. 249.

⁹ *Ibid.*, pp. 92-93 *et passim*.

2. EL CAMBIO MARGINAL: SU APLICACIÓN A LA GUERRA DE LIBERACIÓN (1809-1830)

La sociología y la historia son dos ciencias inseparables. Pero a pesar de la amplia aceptación de esta afirmación, el rigor de cada disciplina y la falta de tiempo y de recursos para la investigación sociohistórica, la han reducido con frecuencia a una frase sin mucho sentido. No es ésta la oportunidad para señalar las ventajas del enfoque combinado. Sin embargo, el tema que se expone a continuación es de tal naturaleza que no podría ser comprendido si no se aliaran ambas ciencias bajo un mismo marco conceptual.

Afirmar que las guerras de independencia en América Latina no constituyeron una verdadera revolución económica y social no es nada nuevo. Muchos investigadores sostienen este punto de vista y rechazan la distorsión romántica de algunos académicos que ven en aquellas guerras una especie de apoteosis nacional. Las guerras produjeron, en verdad, grandes disturbios sociales, especialmente si se observa desde los ángulos político y económico: la consigna de la guerra a muerte, los destierros, las expropiaciones, las ejecuciones, los golpes de estado, etc., fueron elementos de ese gran conflicto. Pero tales impactos, aunque dramáticos, no fueron lo suficientemente profundos como para romper el tejido y la textura social de las colonias. No surgió casi ninguna discrepancia estructural que distinguiese la nueva era de la época colonial recién pasada. Las actitudes básicas hacia la vida y la comunidad, la concepción tradicional del mundo, los sistemas de creencias y los modos de manejar la economía permanecieron casi inmutados. Sólo se retardaron parcialmente algunas normas sociales y algunos modelos políticos de organización social; se ajustaron los límites de las nuevas naciones; y los grupos dominantes, dentro de su propio seno, no experimentaron sino un simple cambio de guardia.

La naturaleza aparentemente superficial de los cambios implicados, tal como los describe el historiador, plantea el problema de investigación particular del sociólogo. He aquí el caso de un intenso proceso social que no produce sino efectos marginales en la sociedad, siendo que un observador imparcial esperaría transformaciones más significativas. ¿Por qué surge esta disyuntiva? ¿Cómo puede juzgarse y medirse estos cambios desde un punto de vista científico? Es necesario encontrar criterios sociológicos para definir lo que sea marginal y lo que sea significativo en las transformaciones sociales. El objeto de este trabajo es construir, en forma experimental, un marco de referencia adecuado para este propósito, y luego aplicarlo a los hechos sociales y a los eventos de las guerras de la independencia en Colombia de 1809 a 1830, como nos lo han transmitido los historiadores más autorizados.

Con el fin de comprender estas modalidades del cambio social, es necesario comenzar con una revista general de la sociedad tradicional tal como era alrededor de 1809, el año del primer reto político. Para sistematizar las observaciones, la sociedad tradicional puede ser analizada a través de cuatro componentes del "orden social" de la época: 1) los valores sociales; 2) la estructura normativa; 3) la organización social y 4) los elementos tecnológicos de apoyo al orden, como se definen usualmente en los tratados de sociología.¹ La expresión histórica y cultural concreta de estos componentes constituye lo que se ha dado en denominar como el "orden señorial", que había sido impuesto por la conquista española desde el siglo xvi.² Los elementos constitutivos de ese orden social se apoyaban y fortalecían mutuamente de tal modo que se estaba formando en América un verdadero monopolio cultural, extremadamente resistente al cambio. Una gran fuente de esa resistencia era el mismo sistema de valores señoriales, que no había sido retado seriamente (sólo en

¹ Este marco de referencia sociológico se presenta en la obra *La subversión en Colombia*, Bogotá, 1967. Véase especialmente el apéndice B del libro para las definiciones de valores, normas, organización social y técnicas.

² *Ibid.*, capítulo 4.

parte por los Borbones), ni por acción directa ni a través de otros componentes, particularmente del tecnológico.

Es un procedimiento aceptable en sociología, como regla general, el usar las modificaciones en la estructura valorativa como una sonda para determinar la significación del cambio social. Esto es así debido a los efectos de saturación que los valores tienen sobre los otros componentes del orden social, y también debido a la relación de causa y efecto que existe entre los valores, las técnicas y el desarrollo económico. Además, el sentido de dirección y de impulso hacia metas colectivas percibidas en un orden social —o cuando quiera que un orden social se transforma— se registra en el sistema de valores, y más específicamente en los valores dominantes o centrales.³

El *cambio significativo* parece ocurrir cuando las variaciones en los componentes del orden social exigen ajustes en los valores dominantes y en las metas colectivas de la sociedad. Cuando estos ajustes son suficientemente profundos, especialmente si su impacto se siente en la estructura total de la sociedad, puede surgir un nuevo orden social como una adaptación del anterior, o aún un orden revolucionariamente distinto, si las circunstancias son propicias. En estos procesos, son de gran importancia los grupos estratégicos que desempeñan un papel clave en las transformaciones; así como también lo son las variaciones producidas a través de la invención y la difusión de elementos tecnológicos que proporcionan apoyo al orden socioeconómico existente.

El *cambio marginal* ocurre cuando las modificaciones en los componentes del orden social son graduales, parciales o menores, de modo que el sistema valorativo no queda en entredicho ni se sienten en la organización social y económica consecuencias mensurables que hicieran sur-

³ Muchos sociólogos apoyan esta posición. Véanse, entre otros, de Pitirim Sorokin, *Social and Cultural Dynamics*, Boston, 1957, edición revisada; Neil J. Smelser, *Collective Behaviour*, Londres, 1962; Jacques Ellul, *La technique, ou l'enjeu du siècle*, París, 1954. Para la exposición clásica de Charles H. Cooley sobre las transformaciones marginales y la existencia de un "margen para el cambio" véase su *Social Organization*, Nueva York, 1909, p. 328.

gir un nuevo orden social. En este trabajo se plantea como hipótesis que éste es el tipo específico de cambio social que ocurrió durante las guerras de independencia.

Es evidente que en cuanto a lo que sea parcial, menor o profundo se entra a terreno debatible, aunque el sistema valorativo y las metas colectivas del orden social se tengan como puntos de referencia para la medición. Además, es de esperarse que el cambio marginal continúe al mismo tiempo que se realizan transformaciones significativas en el orden social.

Pero quizá sea posible evitar discusiones estériles si se estudia la evidencia histórica y se compara el efecto de los acontecimientos pertinentes sobre los sistemas de valores y los patrones de conducta de la gente que toma parte en tales hechos. Con este propósito el sociólogo acude a los archivos y a las fuentes primarias (con frecuencia desconocidas a pesar de su gran riqueza) y utiliza las observaciones escritas por los participantes de la época, por viajeros informados y por cronistas y otros autores de responsabilidad.

Es necesario añadir una palabra de cautela. Las conclusiones específicas de este trabajo se refieren a condiciones en la Nueva Granada y en Colombia que quizá no se dupliquen en otras regiones. Es posible que la naturaleza y el sentido de las guerras de independencia fueran diferentes en países como Venezuela, Perú y Argentina; el caso de Brasil merece consideración aparte. Por eso mismo, es necesario hacer un esfuerzo de investigación pero mayor, para esclarecer las posibles convergencias y las inevitables divergencias. Esto será tanto más fructuoso cuanto que los investigadores hablen el mismo lenguaje científico y se muevan dentro de un marco de referencia acordado por todos.

Cambio marginal en los valores

Las modificaciones graduales, parciales o menores en las creencias, actitudes, metas, preferencias y convicciones generales de la gente de la Nueva Granada durante el período señalado pueden ser juzgadas al examinar: cómo

se desvirtuó la ideología democrática de la época, cómo hubo falta de motivación para la guerra en la gente del común, y cómo el *ethos* colonial aristocrático persistió durante los primeros años de gobierno republicano.

La ideología democrática apareció en el virreinato, en forma incipiente, hacia fines del siglo XVIII. No logró extenderse sino superficialmente, y sus principales voceros fueron desterrados de la colonia. Sin embargo, las guerras napoleónicas de la península española resquebrajaron el "sistema", y por la brecha resultante volvieron a irrumpir las ideas antes prohibidas. Su principal exponente fue don Camilo Torres, distinguido abogado, autor del famoso *Memorial de agravios* del 20 de noviembre de 1809. Este memorial merece ser estudiado, ya que ilustra claramente cómo la ideología democrática fue exprimida para conveniencia de los intereses inmediatos de los grupos coloniales entonces dominantes.

Las ideas igualitarias de don Camilo Torres no eran, de hecho, las de Rousseau. El neogranadino no estaba pensando en la apertura de nuevos canales de movilidad social, ni en la educación o ventajas económicas para las clases inferiores. Es cierto que en su memorial clamaba por la "¡igualdad, santo derecho de la igualdad!" y que no quería que los americanos siguieran como "manadas de ovejas al arbitrio de mercenarios". Pero "su gente" se reducía principalmente a sus iguales, y los "mercenarios" eran en esencia la clase gobernante española que había frustrado el deseo de gobernar de aquellos criollos que pertenecían también a los estratos superiores. La igualdad, en este sentido, consistía en alcanzar las mismas oportunidades de poder político para ambos grupos blancos y aristocráticos: los "chapetones" peninsulares y los criollos locales. Era una igualdad entre iguales, y poco más.

Este ataque tan superficial a la sociedad de castas de la época tuvo consecuencias en algunas instituciones de índole democrática, trasplantadas de otras tierras para sancionar los nuevos medios de legitimación política. Pero los cuerpos representativos, las elecciones y otras expresiones políticas similares (a veces de origen calvinista)

encontraron poco arraigo en las costumbres y convicciones populares que no era conveniente retar. Lo que resultó, a la larga, fue una democracia de tipo "ateniense". Se quiso ser leal a la forma y a la palabra, a la cláusula y al capítulo, antes que prestar estricta atención a la esencia de lo nuevo. Las constituciones fueron y vinieron como ejercicios literarios, o quedaron como expresión de buenas intenciones en hombres ilustres.

La falta de apoyo popular a esta "democracia" y al movimiento de independencia surgió del acondicionamiento psicológico llevado a cabo en la colonia durante varios siglos por las instituciones políticas y religiosas dominantes.⁴ Las masas habían aceptado su destino y se habían resignado a la pasividad: preferían seguir viviendo de acuerdo con las normas que conocían, antes que arriesgarse a un cambio en el que era posible perder la confortable sensación de seguridad que habían recibido de sus mayores. Por eso no sorprende encontrar a grupos campesinos e indígenas llorando al conocer la noticia de que ya no había más rey.⁵ El rey se había convertido en un símbolo de acomodación pasiva, al lograrse en sus dominios una paz relativa. Con la pérdida del rey, la paz dejaba de existir. Y en este sentido la gente del pueblo parece que tuvo premoniciones muy realistas.

En consecuencia, los miembros de las clases populares, por regla general, fueron reclutados por el ejército a la fuerza, siempre que se les encontrara imprevistamente en sus comunidades, sin que hubieran huido antes a los bosques. Con frecuencia se hallan en las memorias de guerra y en los relatos de viajeros aterradoras descripciones de reclutas en cadenas.⁶ Una vez en el ejército, el soldado de extracción popular tenía una fuerte ten-

4 Cf. Fals Borda, *Campesinos de los Andes*, Bogotá, 1961, caps. 14 y 15.

5 José Manuel Groot, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, Bogotá, 1889, vol. 1, pp. 316-319.

6 Véase, por ejemplo, de Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, Bogotá, 1929; Gaspard de Mollien, *Travels in the Republic of Colombia in the Years 1822 and 1823*, Londres, 1824; H. L. V. Ducoudray-Holstein, *Memoire of Simón Bolívar and His Principal Generals*, Boston, 1829.

dencia a desertar, o a cambiar de lado si creía que le iba mejor en los contingentes enemigos. Esto sucedía especialmente cuando ocurría o se avecinaba una derrota. Una participación tan mecánica claramente indica que los fines de la lucha sólo habían sido comprendidos por la gente de modo muy superficial.

Si el cambio en los valores, en las creencias y en los fines dominantes no parecía ser profundo en la gente del común, tampoco lo era en los grupos de la *élite*. El *ethos* aristocrático impuesto en los tiempos coloniales básicamente persistió como mecanismo de legitimidad política después de la guerra, con sus expresiones de casta dondequiera que se tratara del pueblo. Esta tendencia se observó dramáticamente el 20 de julio de 1810, cuando se firmó el Acta de Independencia en Santa Fe de Bogotá. La demagogia de los líderes (llamados "chisperos") había logrado que la gente del común de Bogotá apoyara la nueva Junta que había depuesto al virrey Antonio Amar. El éxito de la revuelta dio origen a una corta orgía popular. Cuando la virreina doña Francisca Villanova fue llevada a la cárcel, algunas mujeres se atrevieron a insultarla y a tocarla, destrozando algunas de sus ropas. Eso era un "incalificable atropello". Desde entonces la Junta prohibió convocar al pueblo para cualquier otra acción política y declaró que quien tal hiciera sería declarado reo de alta traición.⁷

Esto no fue nada en comparación con la reacción que el presidente Jorge Tadeo Lozano suscitó con su conducta sencilla cuando llegó al poder. Su simbolismo democrático al preferir caminar por las calles como cualquier ciudadano y acabar con el boato del virrey fue una afrenta a la aristocracia tradicional. Así no era la expectativa acerca del cumplimiento de su papel como gobernante. En consecuencia, el presidente Lozano no podía tener el apoyo completo de sus pares, quienes posteriormente lo depusieron. Éstos eran los mismos señores que habían

⁷ Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia*, Bogotá, 1952, p. 349; Eduardo Posada (ed.), *La patria boba*, Bogotá, 1902.

estado llamándose "Altezas Serenísimas" cuando fueron "elegidos" al primer Congreso Nacional (diciembre de 1810).

No hay ningún estudio accesible que indique si este *ethos* colonial aristocrático hubiera seguido persistiendo en forma similar durante el período de la Gran Colombia. Los experimentos europeos con las monarquías constitucionales hubieran podido servir como modelos de progreso y modernización para algunos grupos locales. Sin embargo, es dudoso que este cambio en la estructura política formal hubiera alcanzado apoyo popular, excepto en las expresiones conservadoras de un movimiento nativista, como ocurrió en el tiempo de la revolución de los Comuneros (1781), o en la revuelta de Tupac Amará en Perú, o como lo fue durante el primer régimen rebelde negro de Haití. Las sociedades hubieran tomado entonces una dirección diferente de la que les fue impuesta por los libertadores. Estos casos más bien tenderían a comprobar que los intentos de adoptar la monarquía durante la década de 1820 hubieran constituido nuevos casos de cambio marginal, con poca participación verdadera de los sectores populares de la población y con un reto mínimo a los sistemas de valores básicos. Se hubiera visto otra vez el fenómeno de la "circulación de las élites", con la legitimidad política conservada intacta por los miembros del mismo grupo dominante.

En todo caso, conviene registrar aquí la alternativa monárquica, tal como aparecía a algunos líderes políticos de la Gran Colombia. Fueron notables los esfuerzos de un grupo prominente de Bogotá y otras ciudades para nombrar a Bolívar como regente *ad vitam*, mientras se trajera un príncipe extranjero para hacerlo rey de Colombia. La campaña alcanzó su clímax después de la abortada conspiración contra Bolívar, el 25 de septiembre de 1828.

Esta actitud favorable hacia la realeza no fue un fenómeno aislado, como puede verse por el hecho de que aun el más republicano de los generales cayó presa de la tentación. El ayudante de campo inglés Daniel F. O'Leary, en sus *Recollections*, señala cómo el mariscal

Sucre, amigo de confianza de Bolívar, propuso proclamar al general ecuatoriano Juan José Florez, "Príncipe de Tarquí", al culminar en victoria esta batalla.⁸ Los actos heroicos también tenían lugar dentro del *ethos* aristocrático tradicional. En cierto sentido, era natural que estos hombres actuaran así, porque su herencia cultural y social se lo imponía. Evidentemente, el sistema de valores señoriales y la noción colonial de la autoridad no habían sido sacudidos seriamente, ni aun por los actos bélicos que la época exigía a sus personeros.

*Cambio marginal en las normas
y en la organización social*

La manera como los libertadores se organizaron y establecieron la nueva sociedad ilustra algunos de los cambios logrados en la estructura normativa de la colonia. En este componente social algunas transformaciones avanzaron bastante, pero sólo hasta cuando chocaron con intereses creados e instituciones tradicionales, como la Iglesia. En ese momento, el impulso revolucionario, tan lleno de promesas, se detuvo.

Los principales retos que aparecieron en la estructura normativa y en la organización social de la joven república fueron resultado, naturalmente, de una reacción anti-española causada por la intensidad de la guerra. El péndulo político se había movido desde la España conservadora hasta la Inglaterra utilitaria, y la sociedad de castas sufría modificaciones de forma. Específicamente, se abrieron canales de movilidad social por medio del servicio en el ejército y en el gobierno, la vocación clerical y el logro educacional. Estos canales no habían sido hasta entonces completamente accesibles a la gente del común y las "malas razas". Ahora, después de la guerra, se había disminuido un poco la anterior rigidez de clases, y era posible ver, por primera vez, a mulatos y mestizos en los

⁸ Daniel F. O'Leary, *Recollections*, Institute of Latin American Studies, Universidad de Londres. Agradezco al director del Instituto, profesor Robin A. Humphreys, el acceso a este manuscrito, que acaba de ser publicado (1968).

estratos superiores de la sociedad, especialmente como generales.⁹ Varias universidades y centenares de escuelas primarias (como las lancasterianas) fueron organizadas. Florecieron las Sociedades Bíblicas y las logias masónicas. Bentham se convirtió en mentor principal del gobierno. Además, los mayorazgos fueron abolidos, así como los títulos de nobleza; los apelativos como el "don" y el "doctor" comenzaron a popularizarse; y se hicieron algunos esfuerzos aislados para abolir la esclavitud.¹⁰

La contrarrevolución inevitable fue encabezada por la Iglesia católica, que halló la introducción de los masones, la Biblia y Bentham particularmente intolerable. Un sacerdote, el padre Margallo, se convirtió en el símbolo de la resistencia al cambio, por medio de encendidos sermones que predicaba en la iglesia de La Capuchina. Simultáneamente, los obispos juzgaron conveniente resucitar a un santo poco conocido, san Agatón, porque predicaba que "la novedad no es admisible entre católicos".¹¹ El gobierno tenía que ceder ante estas presiones. Además, el mismo Bolívar empezó a desconfiar de algunos grupos claves, como el de los estudiantes universitarios, porque rechazaban su autoritarismo. Ahora la opinión del Libertador era que "las ciencias políticas que se han enseñado a los estudiantes de la universidad contienen muchas máximas opuestas a la tranquilidad de los pueblos".¹² Actuó en consecuencia, y fueron suspendidas muchas de las medidas educacionales anteriormente adoptadas.

En cuanto a las principales instituciones económicas, hubo una fácil transferencia del sistema colonial de la hacienda a las nuevas condiciones de la república aris-

9 *Ibid.*

10 Fals Borda, *Subversión*, cap. 5 y bibliografía. Véase especialmente de David Bushnell, *El régimen de Santander en la Gran Colombia*, Bogotá, 1965; José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de la República de Colombia*, Beçanzon, 1858; Aquileo Parra, *Memorias*, Bogotá, 1912; Miguel Samper, *Escritos político-económicos*, Bogotá, 1898.

11 Manuel José Mosquera, *Documentos para la biografía e historia del episcopado, defensa de la Iglesia*, París, 1858, vol. II, pp. 5, 174, 477.

12 Citado por Luis A. Nieto Arteta, *Economía y cultura en la historia de Colombia*, Bogotá, 1962, p. 82.

tocrática. Los anteriores encomenderos y hacendados se convirtieron en jefes políticos de importancia local o regional, en gamonales y caudillos, simplemente al conservar el sistema de tenencia de la tierra con sus trabajadores residentes, y al armar a éstos como tropas cuando era necesario. Las haciendas expropiadas a españoles fueron otorgadas a los nuevos generales, y se dieron concesiones considerables de tierra a otros militares. En estas propiedades se perpetuaron las condiciones señoriales previas, aunque muchos de los nuevos dueños habían sido de origen humilde o habían pertenecido a las "malas razas".¹³

Se puede establecer si el compromiso con la lucha revolucionaria es real, o si en cambio es un caso de transformación marginal, cuando se estudian grupos subversivos claves como las antiélites y las guerrillas. Ambas aparecieron durante este período.¹⁴ La antiélite, por una parte, resultó ser principalmente del tipo generacional, pues reemplazó a la élite gobernante sin retar decididamente el contexto social y económico. El proceso de captación puede verse en la forma como actuaron el clero, la antigua nobleza y las clases terratenientes tradicionales, aun durante los hechos dramáticos del 20 de julio de 1810.¹⁵

Por otra parte, las guerrillas tampoco eran del tipo ideológico y no parecían tener apoyo por parte del pueblo. Más bien eran como marionetas de grupos tradicionales con intereses creados. Afortunadamente existe una

13 El general Santander fue notable en este sentido. Entre otras fuentes, véanse de Restrepo, vol. 1, p. 89; Juan Francisco Ortiz, *Reminiscencias*, Bogotá, 1907, pp. 121-122; José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, París, 1861; O'Leary, *Recollections*.

14 Fals Borda, *Subversión*; véase también el ensayo sobre las antiélites en este volumen, con una discusión sobre los tipos generacional e ideológico, y las características del proceso de captación y de asimilación al "sistema".

15 Uno de los que detuvieron a la gente y defendieron a la Virreina fue el padre José Ángel Manrique, quien había sido encarcelado cuando era estudiante por el virrey Ezepeleta como un elemento subversivo (1794); véase de Oswaldo Díaz Díaz, *Los Almeydas: episodios de la resistencia patriótica contra el ejército pacificador de Tierra Firme*, Bogotá, 1962, pp. 109-110.

descripción detallada de uno de tales grupos: la guerrilla organizada por dos hermanos, José Vicente y Ambrosio Almeyda, que actuó en el área de Chocontá-Macheté al norte de la capital en 1817.¹⁶ Fuera de sus lemas formales ("Viva la América Libre", "Salud y Libertad"), la verdadera motivación de sus líderes no parecía ser muy altruista. La guerrilla, con ingenuidad, declaró sus fines en proclamas públicas: en primer lugar, sus jefes querían recuperar las grandes haciendas que les habían sido confiscadas por el último virrey español, don Juan Sámano.¹⁷ No sorprende, por lo tanto, que los mecanismos para la formación de la guerrilla fueran similares a aquellos ejércitos regulares: desertión de las fuerzas realistas, incorporación de los propietarios cuyas tierras habían sido confiscadas, reclutamiento forzoso por alcaldes y sacerdotes amigos de la revuelta, reclutamiento forzoso entre los trabajadores de las haciendas, y la obligación de los prisioneros tomados al enemigo de luchar en la guerrilla.

Las quejas de los hermanos Almeyda acerca de la "apatía" de los habitantes de las comunidades rurales y de los campesinos, así como las amenazas de aquéllos de ocupar las aldeas para forzar el reclutamiento y conseguir alimentos, armas y dinero, prueban que el pueblo, en general, no tenía mucho interés en la guerra de guerrillas. Muchas familias huyeron a la montaña con el fin de evitar encontrarse con los Almeyda; y algunos de los de mayor edad entregaron a las autoridades la correspondencia recibida de los rebeldes. Los campesinos que no pudieron zafarse de ser reclutados por la guerrilla huyeron después de su primer y único encuentro con las tropas realistas en noviembre de 1817, y rápidamente regresaron a sus comunidades.

Los hermanos Almeyda y algunos de sus compañeros militares se retiraron a los llanos orientales después de la *débâcle*, para esperar allí el triunfo final de la revuelta. Una vez que se ganó la independencia y que

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 98.

las autoridades españolas fueron expulsadas en forma definitiva, los Almeyda lograron que sus haciendas confiscadas les fueran devueltas legalmente. Ambos, recuperados para el señorío y la hacienda, murieron prósperos, el uno en 1827, el otro en 1839.¹⁸ La sociedad señorial y su organización socioeconómica habían sobrevivido con ellos en forma casi intacta, a pesar de la guerra y pasando por encima de la guerrilla.

Cambio marginal en la tecnología

Las técnicas agrícolas, así como las técnicas artesanales y otras expresiones de la utilización de la energía en tiempo de las guerras de la independencia, no eran muy diferentes de aquellas introducidas en épocas coloniales. Los campesinos estaban aún en la etapa del arado rudimentario, todavía combinando fuentes humanas y animales de energía, utilizando carretas simples de dos ruedas y animales de tiro y carga, empleando técnicas neolíticas de explotación minera, y procurando (con poco éxito) mejoras sencillas en los métodos de siembra, como la del trigo en hileras en lugar de volear la semilla con la mano (como lo anunciaba el notable naturalista don Francisco José de Caldas, en su periódico). Cuando más, apenas se habían introducido aparatos sencillos para el procesamiento de la caña de azúcar. La eficacia de los ataques bélicos se apoyaba todavía principalmente en las fuerzas de la caballería montada y en la pólvora.

El primer reto tecnológico real de aquellos tiempos —aparte de la limitada experimentación con los caminos a la Macadam en la sabana de Bogotá en la década de 1830— fue el descubrimiento y la introducción de aparatos de vapor. Como en Europa, el impacto del vapor hubiera podido tener efectos revolucionarios en Colombia. Sin embargo, los primeros intentos para introducir este tipo de tecnología durante los años de 1820 a 1830 fracasaron. Aparentemente las condiciones sociales y económicas no conducían a la aceptación de esa innovación,

¹⁸ *Ibid.*, p. 270.

y la adopción del vapor tuvo que esperar desarrollos sociopolíticos posteriores para ganar una aceptación real entre la gente.

La suerte del vapor en Colombia durante el período bajo estudio corre unida a los esfuerzos de un pionero alemán, don Juan Bernardo Elbers. Éste logró crear interés en la *élite* gobernante para tecnificar el transporte del río Magdalena. En 1823, Elbers obtuvo una concesión exclusiva para la navegación a vapor por el río.¹⁹ Trajo algunos técnicos extranjeros, comenzó a construir un aserradero en Barranquilla, y compró el primer barco de vapor en 1824. Desafortunadamente, este barco (*Fidelidad*) no sirvió y sólo navegó unos pocos meses. Otros tres barcos tuvieron una suerte semejante: uno navegó durante cuatro años (1825-1829), pero sus reparaciones resultaron interminables; otro se incendió en las Bocas de Ceniza, la desembocadura del gran río; el famoso *Libertador* sirvió de 1829 a 1832, pero en forma tan deficiente que algunos pasajeros, como el historiador-ingeniero coronel Joaquín Acosta, tuvieron que terminar su viaje en los viejos champanes;²⁰ este barco se varó en un banco de arena por falta de habilidad del piloto y se dañó en forma irreparable. Otro buque apareció en 1839, pero fue destruido en la guerra civil de 1841. Los barcos de vapor no volvieron a aparecer en el Magdalena sino en 1850. Mientras tanto, continuaron los champanes sin ninguna competencia.

Puede verse que el conjunto tradicional de actitudes y costumbres y, en general, la organización social, no fueron realmente conmovidos por la nueva tecnología del vapor durante el período en estudio. Algunas de las razones de este fracaso fueron explicadas por el conocido escritor y viajero don Salvador Camacho Roldán, en sus *Notas de viaje*: había poco capital para la empresa de

19 Robert L. Gilmore y John P. Harrison, "Juan Bernardo Elbers and the Introduction of Steam Navigation on the Magdalena River", *Hispanic American Historical Review*, vol. 28, núm. 3, agosto de 1948, pp. 339-340.

20 Soledad Acosta de Samper, *Biografía del general Joaquín Acosta*, Bogotá, 1901, pp. 322-338.

Elbers e ignorancia de las artes mecánicas; no había industrias locales de apoyo, ni práctica para reparar y mantener el equipo, ni combustible a las orillas del río, ni experiencia en los pilotos.²¹ Pero otros factores también se hicieron sentir, como la significativa hostilidad hacia el vapor en las comunidades ribereñas que sabotearon los barcos y no quisieron venderles leña para las calderas.²² Otros obstáculos surgieron en la capital, cuando grupos con intereses creados trataron de buscar la cancelación del monopolio de Elbers. Además, no había suficiente volumen de exportación e importación para aumentar la carga de los barcos, debido en parte a la política estatal proteccionista; y los aparatos mismos de vapor no se habían adaptado al medio tropical, algo que Elbers comprendió demasiado tarde para evitar la quiebra de su empresa.²³

En conclusión, no se formaron nuevos grupos económicos claves en este período que hubieran podido derivarse de la tecnología del vapor. Todos los cambios fueron menores o parciales, y el orden social no se afectó profundamente. Sólo hacia los años de 1850 en adelante, al evolucionar las condiciones sociales y económicas y al abolirse los estancos del Estado con la consecuente mayor abundancia de bienes para la exportación, y cuando grupos estratégicos como la naciente burguesía tomaron el control de la tecnología del vapor, fue cuando comenzó de veras el cambio significativo de la sociedad colombiana de esa época.²⁴

La marginalidad en perspectiva

Al realizar este rápido examen de los componentes del orden colonial heredado por la República de Colombia de 1809 a 1830, puede concluirse que las modificaciones originadas por las guerras de independencia en los valores

21 Salvador Camacho Roldán, *Notas de viaje*, París, 1898, p. 167.

22 Acosta de Samper, *op. cit.*

23 Gilmore y Harrison, p. 353.

24 Para un estudio general de este período, véase de Fals Borda, *Subversión*, cap. 6.

principales, en las normas, en la organización social y en las técnicas, fueron marginales. Los grupos estratégicos no fueron suficientemente subversivos ni estuvieron tan comprometidos como para cambiar profunda y radicalmente el tejido social, con el fin de crear una sociedad verdaderamente distinta. La vieja estructura de valores y el sentido ritual de la sociedad colonial no fueron seriamente conmovidos. La ideología y las metas de la violencia guerrera se quedaron cortas. No hubo un impacto coherente ni masivo sobre las gentes. La tradición, bien respetada, se mantuvo firme.

Pero las nuevas condiciones alcanzadas por el cambio marginal abrieron posibilidades insospechadas para futuras modificaciones y ajustes en la sociedad que hicieron posible una verdadera revolución en años posteriores. Estas transformaciones se aceleraron para hacer de la vida en Colombia algo más compleja que antes y menos aislada y provincial. El clímax de este proceso se alcanzó entre 1848 y 1854, cuando los grupos estratégicos de la época retaron al sistema valorativo central con decisión y violencia, consiguiendo el apoyo de los elementos tecnológicos y llegando a la plenitud del dominio político. Se logró así culminar en una verdadera revolución, al crearse un nuevo orden social con una diferente concepción del mundo y un sentido distinto de dirección, con fines diferentes de aquellos que se habían mantenido desde la época colonial y en los primeros años de la era republicana.

En esta forma, el orden señorial termina en Colombia en 1848. No caduca en 1809, ni tampoco muere en 1819 cuando se van los españoles. Las guerras de liberación no fueron, en este sentido, una experiencia verdaderamente decisiva, sino más bien una "revolución inconclusa".

Las implicaciones a que lleva esta confrontación histórica pueden ser pertinentes para los grupos revolucionarios de hoy que buscan crear un nuevo orden social en Colombia y en otros países. Por una parte, parece esencial seguir diferenciando entre lo marginal y lo significativo, para entender claramente las metas y las perspectivas del cambio subversivo en la sociedad actual, y diseñar

así las tácticas adecuadas para completar la revolución que nuevamente comienza en nuestros días. Y por otra, parece importante destacar que la confrontación violenta en sí misma, sin el apoyo del impacto decisivo en los componentes valorativos, normativos y tecnológicos del orden social, puede no ser inmediatamente fructuosa para fines revolucionarios.

Una concepción amplia de la revolución como un desarrollo estratégico de largo alcance y de intensidad inusitada puede ser útil, porque es realista. Al mismo tiempo que atempera a los impacientes, curte a quienes buscan dedicarse con pasión a la no muy fácil tarea de reconstruir la sociedad latinoamericana.

3. LA ANTIÉLITE Y SU PAPEL EN EL CAMBIO SOCIAL

En la literatura sociológica se han hecho pocos intentos de sistematización del concepto de "antiélite" y, en cuanto este autor lo ha podido verificar, no existe en la actualidad una descripción completa de este grupo social, a pesar de su indudable importancia política y social. Las dificultades prácticas y aun los peligros de estas tareas son también evidentes.

Sin embargo, el concepto mismo ha sido adoptado por tratadistas de reconocida competencia. Harold D. Laswell, por ejemplo, define la antiélite como un grupo de individuos "que profesan una contraideología" (concepto aceptado por T. Parsons) y a quienes, sin embargo, "se reconoce como personas que ejercen una influencia significativa sobre decisiones importantes... [y además] que inhiben, o en alguna forma modifican a la élite establecida".¹ S. N. Eisenstadt afirma que las antiélites auspician "la rebelión general" dentro de la sociedad con el fin de "interrumpir la continuidad social y establecer un nuevo orden social secular", y ve en ellas un elemento de juventud.² Chalmers Johnson se refiere a las antiélites como "personas que protestan contra el *status*" (*status-protesters*) y para las cuales existen dos cursos de acción; o bien reconstruir la existente escala de posiciones, o bien restaurar la antigua jerarquía.³ Y en uno de los análisis pertinentes más recientes, las antiélites son identificadas como "élites desafiantes" por Robert E. Scott, quien ade-

1 Harold D. Laswell y Daniel Lerner, *World Revolutionary Elites*, Cambridge, Mass., 1965, pp. 16-17; Talcott Parsons, *The Social System*, Glencoe, 1951, p. 355

2 S. N. Eisenstadt, *From Generation to Generation*, Nueva York, 1964, pp. 314-315.

3 Chalmers Johnson, *Revolutionary Change* (Boston, 1966), cap. 5, especialmente p. 106.

más subraya sus tendencias entreguistas o conservadoras.⁴

Es evidente que hay un elemento de realidad en este concepto, discernible para el observador que examine los hechos históricos dentro de un marco sociológico, y que aprecie el fenómeno más ampliamente conocido como la "circulación" de Pareto. Hasta cierto punto, el valor práctico del concepto de la "antiélite" está ligado al de la "élite", definida como el conjunto de personas que monopolizan el prestigio y el poder de una sociedad. Por lo mismo, está también sujeto a las ambigüedades que han afectado a esta categoría general, especialmente en lo relacionado con el origen y la composición social de los grupos dominantes. Pero esto no debería ser así, y un esfuerzo de investigación mayor podría dar resultados positivos en este sentido.⁵

Así como las élites se expresan bajo diferentes circunstancias históricas y sociales, también ocurre igual con los grupos que las retan. Cuando este reto proviene de un grupo de pares, o de sus iguales, con el propósito de variar las reglas del juego y la estructura de poder de la sociedad (especialmente en sus estratos más altos), se dan los requisitos más básicos y generales para la aparición de la antiélite. Esencialmente, por lo tanto, una antiélite puede definirse como aquel grupo de personas que ocupando posiciones de alto prestigio se enfrentan a los grupos dominantes para arrebatarles el poder político.

La productividad de esta definición depende de una variable independiente —"posiciones de alto prestigio"— así como de las características del conflicto entre la élite y la antiélite. Por "posiciones de alto prestigio" se en-

⁴ Robert E. Scott, "Political Elites and Political Modernization", en Seymour M. Lipset y Aldo Solari, *Elites in Latin America*, Nueva York, 1967, pp. 126-127.

⁵ La línea seguida por Pareto, Mosca y Michels en sus investigaciones sobre las élites no es aceptada por los marxistas ortodoxos, debido a que es contraria a la interpretación económica de la historia que ellos siguen. Sin embargo, sería interesante volver a analizar los trabajos sobre élites y conflictos escritos por marxistas y neomarxistas como C. Wright Mills y Ralf Dahrendorf, con el fin de ver si es posible un acercamiento entre las dos posiciones. Una obra importante es T. B. Bottomore, *Elites and Society*, Londres, 1964. Marx mismo tomó nota del fenómeno de las antiélites en *El 18 Brumario de Napoleón Bonaparte*.

tiende el conjunto de posiciones que ocupan las personas que han alcanzado símbolos valorados, o a quienes éstos se adscriben, especialmente en relación con el conocimiento y la educación, el poder político y eclesiástico, la riqueza, y las actividades administrativas o de explotación económica. Esta subdefinición permite incluir en el análisis de antiélites grupos claves o estratégicos de diferentes orígenes sociales, como los intelectuales, los estudiantes y profesores universitarios, los líderes religiosos, militares y laborales, y los políticos que en un momento dado puedan conformar la oposición a un régimen, aunque no pertenezcan a las clases altas o aristocráticas.

Entender la verdadera naturaleza del conflicto entre *élite* y *antiélite* es tan importante como estar alerta al origen y a la composición social de sus miembros. La acción política es de especial importancia en este sentido, porque la base del poder social queda en entredicho, con todas sus consecuencias económicas e ideológicas. En tanto que los resultados de la investigación nos lo permitan, es posible afirmar que dos clases de conflictos parecen importantes en este sentido: aquel que es principalmente *generacional*, y el que es principalmente *ideológico*.

Las antiélites generacionales parecen ser una característica regular o permanente de la sociedad. Su origen radica en las desviaciones autónomas que se producen por la socialización y otros mecanismos de diferenciación social, como la edad, el matrimonio, la familia, la educación, etc., que no amenazan las bases valorativas del orden social. Algunas perspectivas divergentes acerca de las normas y la organización social, y modos diferentes de compartir o distribuir los beneficios y los símbolos del prestigio, pueden aparecer entre las generaciones, aquella de los mayores y la de los adultos jóvenes; de igual manera entre quienes están en el poder y los que esperan su turno. Tales perspectivas encontradas estimulan el conflicto interpersonal al nivel político. Los conflictos pueden resultar tan graves que la guerra civil se vuelve probable.

Pero estas divergencias, aunque potencialmente destructivas, no minan profundamente las reglas del juego. Por el contrario, la solución bélica a este tipo de conflictos

generalmente no debilita el *statu quo*. En América Latina, las reglas del juego han incluido el derecho a la revuelta, pues ésta ha sido sancionada desde las guerras de independencia. En esta forma ocurre una circulación de las *élites* sin que cambie el orden social.⁶ Así, en tales circunstancias, las *antiélites* generacionales ejercen una función de preservar las estructuras tradicionales de la sociedad y de servir como mecanismo de renovación para los grupos dominantes. Todo este proceso puede verse más como una simple adaptación social que como una sustitución definitiva de las instituciones.

Las *antiélites* ideológicas surgen de las generacionales en algunos períodos históricos críticos. Esto ocurre cuando los miembros de una *antiélite* —generalmente algunos de los más jóvenes y los intelectuales— son capaces de articular una ideología basada en incongruencias e inconsistencias recién observadas en su sociedad, o en la necesidad sentida de redistribuir entre grupos desprovistos y marginales los símbolos de poder y de prestigio y los beneficios alcanzados. Cuando logran organizarse y extender su rebelión a otras colectividades con intereses enfocados hacia el cambio, las *antiélites* ideológicas producen un efecto inmenso en la transformación de la sociedad, y se vuelven, de hecho, instrumentos para el logro de un nuevo orden social. Se convierten entonces en elemento clave para iniciar una subversión, es decir, se convierten en un tipo de “disórgano”.⁷ En estas circunstancias, las *antiélites* ideológicas parecen tener las siguientes funciones:

- 1) iniciar la creación y difusión de antivalores y antinormas dentro del orden social establecido;
- 2) servir como grupo de referencia a otras colectivida-

6 La definición de “orden social” empleada en este ensayo se basa en la sistematización de este concepto hecha por el autor en *La subversión en Colombia*, Bogotá, 1967, cap. 2. (Véase también el capítulo precedente sobre el cambio marginal.)

7 *Ibid.*, cap. 1 y apéndice B, para una discusión sociológica de la “subversión”. “Los disórganos son el conjunto de grupos innovadores, instituciones desafiantes del orden social y *status-roles* emergentes que sostienen una actividad heterodoxa, rebelde o iconoclasta, con el fin de producir, difundir o imponer antivalores y contranormas.” *Ibid.*, p. 267.

des rebeldes ubicadas en los diferentes niveles o estratos de la sociedad;

3) retar a los grupos dominantes desde dentro, utilizando sus propias armas y procedimientos.

Las antiélites son importantes para la *iniciación* de la subversión, aunque no son tan efectivas para mantener la presión de la compulsión subversiva. Para esta difícil tarea es necesario que aparezcan disórganos más comprometidos y constantes. Esto es así debido a que las antiélites, aun en los períodos subversivos, parece que sufren de una metamorfosis en dos etapas, una de las cuales permite un proceso de captación que tiende a frenar el impulso revolucionario. Estas etapas son:

1) la etapa iconoclasta, durante la cual el cisma de la *élite* es real, estimulando la crítica y la protesta activa. Cuando las incongruencias e inconsistencias del orden social se observan con apoyo ideológico —y si al mismo tiempo se mantiene el compromiso con el cambio— esta etapa se convierte en subversión.

2) La etapa de asimilación durante la cual la anti-*élite* se institucionaliza y, o bien se cristaliza en una nueva *élite* una vez suplantada total o parcialmente la antigua, o sus miembros son captados sucesivamente por los grupos dominantes tradicionales a medida que éstos maniobran para asegurar su supervivencia. Este proceso de captación toma dos formas: (a) una positiva, por medio de la cual la *élite* acepta compartir y redistribuir los símbolos del poder y del prestigio así como los beneficios correspondientes, y abre nuevas posibilidades de acción social y política (los casos de Inglaterra, Suecia, México, Japón); y (b) una reaccionaria, por la cual son reducidos los rebeldes —o éstos se dejan seducir— por el halago de posiciones o prerrogativas en el “sistema”, o con regalos, sanciones, y cosas similares; o son presos, desterrados o muertos cuando no se someten.

Los sociólogos citados anteriormente están de acuerdo en que el proceso de captación es una característica que afecta a toda anti-*élite*. Por lo tanto, podría concluirse que la anti-*élite* es un grupo que tiene las mismas tendencias conservadoras de autopermanencia e institucionalización

que son propias de otros grupos sociales. Esto parece ser especialmente cierto en el tipo generacional de *antiélite*, así como en la del tipo ideológico después de iniciarse la acción subversiva. Sin embargo, la aparición del tipo ideológico en períodos recientes de subversión y el marfirió de la rebeldía ha significado para algunos de sus miembros en varios países quizá demuestra la gran potencialidad, de esta *antiélite* como factor de cambio social.

En teoría, las *antiélites* pueden ser elementos poderosos para la revolución cuando no se dejan captar. El esfuerzo de impedir la captación o, a lo menos, de reconocer los peligros de ésta, especialmente la reaccionaria, parece ser de suma importancia para asegurar la eficacia de las *antiélites* en las sociedades que se transforman. Esto queda más claro cuando se hacen estudios de casos históricos pertinentes.

En consecuencia, la eficacia del cambio en el orden social va en relación directa con el grado de compromiso que se tenga con la subversión. Naturalmente, el resultado del conflicto no depende sólo de la *antiélite* (lo cual sería caer en una explicación unicausal, simplificada y errónea), sino de la combinación de muchos factores sociales y económicos durante el período de la subversión (antivalores, antinormas, disórdenes políticos y de otra índole, e innovaciones tecnológicas).⁸ Si la *antiélite* y otros grupos rebeldes permanecen fieles a los fines originales de la subversión (incluso a sus elementos utópicos) y si tienen éxito en compeler y apresurar el ritmo de la transformación, y en crear las condiciones objetivas para la rebelión, se logra un nuevo orden social que puede ser revolucionariamente distinto al anterior.

*Un caso de captación reaccionaria (1848-1854)*⁹

Hubo un momento en la historia de Colombia en que una *antiélite* generacional se convirtió en otra realmente ideológica. Esto ocurrió entre 1848 y 1854, cuando los

⁸ *Ibid.*, caps. 9 y 10. Véase el capítulo 1 de este libro.

⁹ Los dos casos que siguen han sido descritos y documentados en *ibid.*, caps. 5 y 7.

BIBLIOTECA Y HEREDITARIO
UNIVERSIDAD DE CHILE

cambios en la política económica nacional, unidos a reflexiones procedentes de la segunda Revolución francesa, llevaron a varios grupos a conformar una honda oposición al gobierno y a poner en duda toda la estructura de valores y las bases de poder y prestigio en la sociedad. Durante este período el orden señorial heredado de los tiempos coloniales, que no había sido seriamente afectado por las guerras de la independencia, recibió su primer reto decisivo. Fue el reto de la "subversión liberal". Ésta estaba representada principalmente por una *antiélite*, cuya existencia se había formalizado en una asociación llamada Escuela Republicana, y por otras organizaciones rebeldes (para las cuales servía como grupo de referencia) que se establecieron bajo el nombre de Sociedades Democráticas. El estudio de este período señala no sólo cómo se dan los pasos para que una *antiélite* se "ideologice" con todas sus consecuencias revolucionarias, sino también cómo este grupo estratégico puede ser captado reaccionariamente con el fin de frustrar cualquier acción revolucionaria posterior.

Los cambios en la estructura normativa que fueron consecuencia del conflicto y del liderazgo antihispánico de la década de 1820 dieron fruto durante el período subversivo de la década de 1850. La tecnología derivada del vapor comenzó a ser aceptada en el país, el nacionalismo recibió estímulo a través de la investigación científica local, y se debilitó el predominio de la Iglesia católica. Estas tendencias encontraron voceros en los miembros de la generación más joven que asistían a clases en el Colegio Nacional (universidad). Pertenecían al grupo de los monopolizadores del poder y del prestigio; aún más, la mayoría de ellos eran de origen aristocrático o estaban relacionados con la burguesía en ascenso: Salvador Camacho Roldán, Santiago y Felipe Pérez, Aníbal Galindo, Manuel Murillo Toro, José María Samper, José María Rojas Garrido, Foción Soto. Su influencia en la *élite* puede medirse por el hecho de que el mismo Presidente de la República asistió a la inauguración de esta asociación rebelde, el 25 de septiembre de 1850.

Las más populares Sociedades Democráticas habían sido organizadas como agencias culturales en 1838 y, durante

un tiempo, tuvieron una función política anticonservadora. Sin embargo, habían cambiado radicalmente su orientación en 1848, cuando algunos artesanos, perjudicados por la nueva política librecambista, comenzaron a ingresar a sus filas. Algunos estudiantes universitarios también pertenecieron a estas Sociedades. Su crecimiento fue tan grande que en 1852 había por lo menos 200 de ellas dispersas hasta en las aldeas de provincia. Los Democráticos querían un retorno al proteccionismo e igualdad de oportunidades con otros grupos económicos. Este conflicto las llevó a organizar guerrillas en las áreas rurales y fuerzas de choque en la ciudad, que lograron intimidar la población. Su influencia, junto con la de la *antiélite*, se extendió hasta los círculos gubernamentales. Dos presidentes sucesivos de la República fueron elegidos principalmente a causa de las presiones ejercidas por estas Sociedades; y por la misma razón los congresos de la época promulgaron algunas de las leyes más radicales que se hayan registrado en la historia de Colombia. El impulso revolucionario de estas Sociedades las llevó finalmente a imponer la dictadura de un miembro de una clase inferior, el general José María Melo, en abril de 1854.

Para ese año ya el reto a la tradición había sido tan fuerte y peligroso, que los defensores del *status quo ante* comenzaron a articular su propia ideología y a defenderse. Esta confrontación produjo las primeras indicaciones claras de que había una lucha de clases en Colombia. También marcó el comienzo de la traición a la revolución por parte de los miembros aristocráticos de la *antiélite* republicana, que comenzaron a sufrir la presión de sus iguales y mayores para que volvieran al redil. En efecto, hubo choques en las calles entre los miembros de las Sociedades Democráticas —simbolizadas por su vestido popular (una ruana o poncho)— y aquellos de extracción social superior, simbolizados por sus casacas. Los miembros de la *antiélite* comenzaron a unirse a estos últimos.

En 1854, cuando el general Melo tomó el poder, la guerra civil le fue declarada por los grupos tradicionales, y la *antiélite* ideológica dejó de funcionar como tal. Algunos errores de táctica durante la guerra sellaron el

destino de Melo, y en diciembre de 1854 éste fue depuesto y condenado al exilio, mientras los artesanos rebeldes y otros compañeros fueron enviados a presidio de por vida en Panamá. En forma irónica, algunos miembros de la antiélite entreguista fueron encargados de organizar esta persecución, cerrando así el ciclo de su captación reaccionaria.

No obstante, a pesar de la captación se creó un nuevo orden social durante esos años de intensa revolución y conflicto social. Aparece una burguesía con una nueva base de poder y de prestigio, asimilada a los grupos señoriales anteriores. Pero la plena subversión liberal se frustró, y los ideales que habían dado pábulo a la protesta social de 1848 fueron olvidados o relegados a homenajes verbales. Las incongruencias de la sociedad permanecieron y aun se empeoraron, mientras la generación rebelde se volvió conservadora y entregó a la siguiente los mismos problemas insolutos: la falta de participación social y la falta de estímulos para la auténtica realización del pueblo. La tradicional estructura biclasista continuó. Esta situación no había de ser retada nuevamente sino hasta la década de 1920, cuando otra antiélite ideológica hizo su dramático debut en Colombia.

Un caso de captación positiva pero inconclusa (1922-1948)

La antiélite ideológica de la década de 1920 en Colombia estaba compuesta por estudiantes universitarios jóvenes y otros intelectuales atraídos por el socialismo y la Revolución comunista rusa. El país estaba comenzando a sentir los efectos de la revolución industrial. Nuevas ideas y palabras, como "huelga", "derechos laborales", "redención del proletariado", entraban más y más en la conversación diaria. Se aceleró la inmigración rural-urbana, las industrias se multiplicaron, y los sistemas de comunicación y transporte rompieron el tradicional aislamiento de las provincias. Pero para el manejo de estos problemas sociales sin precedentes en el país, había un gobierno conservador incapaz de la tarea.

El país sintió la necesidad del cambio, y los intelectuales y los estudiantes tomaron ventaja de la ocasión. Gabriel Turbay, Alberto Lleras Camargo, Juan y Carlos Lozano, Germán Arciniegas, Moisés Prieto, Guillermo Hernández Rodríguez, Luis Tejada, Jorge E. Gaitán, Luis Cano, Alejandro Vallejo, y muchos otros, estaban entre aquellos rebeldes ("Los Nuevos"). Su edad oscilaba entre los 20 y los 27 años. Con excepción de Gaitán, pertenecían a las clases alta y media alta; pero todos ellos tenían un alto prestigio, por lo menos a causa de su educación universitaria. Se reunían en cafés, frecuentemente en secreto, e incluso ensayaron el terrorismo. Su influencia creció con el tiempo, hasta el punto que los jefes del partido liberal adoptaron algunas de sus tesis socialistas. "Los Nuevos", así como otras grupos innovadores relacionados con ellos, difundieron en años siguientes muchas ideas subversivas y las pusieron en práctica, a través de la organización de sindicatos en la ciudades, de ensayos de colectivización entre los campesinos (algunos invadieron haciendas y formaron gobiernos locales *sui generis*, como en el área de Viotá, cerca de la capital), y del establecimiento de una belicosa organización estudiantil.

Con estas inusitadas armas sociales, la vida política en Colombia se activó. Aparecieron agrupaciones nuevas. Los partidos socialista y comunista se establecieron en 1926 y 1930, respectivamente. Pero los principales resultados del trabajo de la antiélite fueron: el rejuvenecimiento del tradicional partido liberal y su gran triunfo electoral de 1930. Una vez en el poder, la jerarquía liberal comenzó a premiar a los miembros de la antiélite con poder y prestigio, especialmente por medio de nombramientos en el gobierno. Esta captación positiva se hizo sin mayores peligros para los propósitos originales del cambio y, en efecto, la "subversión socialista" de esos años siguió fuerte hasta la década de 1940.

Pero ya en esos años se aplicaron una vez más las maniobras de refrenación, y algunos de los antiguos miembros de la antiélite, ahora convertidos en soportes del "sistema", empezaron a hacer esfuerzos para impedir cambios más profundos. Sólo Gaitán continuó llevando

BIBLIOTECA Y HEREDERO

el impulso revolucionario original, aunque él también sufrió de la captación. Pero el dinamismo popular desatado por este proceso subversivo era tan fuerte, que sólo la muerte y el fragor bélico podían suprimirlo. La *élite* trató de hacerlo, y el trágico resultado para el país fue "la Violencia".

Como había ocurrido durante la década de 1850, la subversión organizada por los grupos rebeldes desde los años de 1920 hasta la década de 1950 aceleró la transformación del país. Surgió un nuevo orden social: la síntesis socialista-burguesa, con su aparato político del "Frente Nacional". La captación positiva permitió avances dramáticos en muchos campos. Pero no se quiso que tales cambios pasaran de cierto punto más allá del cual pudiera ponerse en peligro la supervivencia de los cuadros tradicionales establecidos.

Por lo tanto, los efectos completos de la subversión socialista fueron cortados y muchos de los problemas sociales que debían ser resueltos no lo fueron, sino que se transmitieron como legado preocupante para las generaciones futuras. La anti*élite* prestó un gran servicio, pero sólo en cierta medida. La *débâcle* de su final en el infierno de "la Violencia" entre 1948 y 1957 plantea serias dudas sobre su sentido de la responsabilidad histórica, especialmente con la gente del común a la que debía servir. Tristemente, la población de los campos fue diezmada, y los campesinos quedaron abandonados a sus propias fuerzas. Los jefes captados los habían dejado sin liderazgo, dándoles apenas una visión parcial de la nueva Colombia que debía surgir de la catástrofe: aquella normal esperanza humana de ganar la paz, es cierto, pero fallida por el retorno de las obsoletas instituciones políticas del pasado, las mismas que habían producido "la Violencia".

La búsqueda de nuevas antiélites

Si la aparición de anti*élites* ideológicas es un síntoma inicial de modificaciones significativas y anticipo de la subversión de la sociedad, entonces el observador hace bien en estar alerta a cualquier indicación de tales cam-

bios en el presente o en el futuro inmediato. En Colombia se está viviendo ahora un período de orden social en el que el cambio ocurre sólo parcial o gradualmente, y en el que las expresiones iconoclastas quedan fuera de lugar. Pero este orden social, como otros anteriores a él, ha heredado las incongruencias socioeconómicas y las inconsistencias morales del pasado, y por eso contiene en sí mismo todos los ingredientes necesarios para permitir el comienzo de un nuevo ciclo de subversión.

Aparte de los grupos rebeldes hoy comprometidos en la acción, como las guerrillas, ha habido algunos nuevos intentos para transformar la sociedad. Que ellos sean totales o inconclusos, lo dirá el futuro; pero es lo más probable que no produzcan sino cierto cambio marginal. Hubo hace poco una campaña renovadora del ala izquierda del partido liberal; pero sus líderes más visibles fueron recientemente captados a través de maniobras políticas. El movimiento rebelde del padre Camilo Torres, miembro él mismo de una familia aristocrática, fue frustrado por la reacción y por la conducta errática de los grupos que podían apoyarle, todo lo cual llevó a la muerte del líder. Y un grupo de jóvenes políticos e intelectuales, denominado el grupo de "La Ceja", que parecían tener visos de ser una *antiélite* ideológica, hoy está prácticamente asimilado y se está quedando no más que en una *antiélite* generacional.

Si estos episodios de la historia social enseñan alguna lección, ella sería no perder de vista la posibilidad de que algunas transformaciones importantes pudieran ser estimuladas por grupos rebeldes colocados en el ápice del poder y del prestigio. Claro que esto no es nuevo. Sin embargo, no debe abrigarse mucha esperanza de que tales grupos lleguen a ser decisivos y eficaces para la subversión, porque las *antiélites* pueden ser intrínsecamente captables. En los casos colombianos estudiados, las *antiélites* se opusieron a cambios más profundos, una vez que entró a actuar la captación.

Pero cuando el problema se examina desde el punto de vista de los grupos populares, la perspectiva es igualmente oscura. Casi ningún cambio revolucionario ha sido

BIBLIOTECA Y HERMOTECAS

LIÓN

registrado hasta el momento en la historia de Colombia en que grupos populares lo hubieran iniciado o sostenido uno de tales grupos se articuló por "la Violencia", y los resultados de este ensayo son debatibles. Por eso parecería que el descubrir y utilizar antiélites e impedir su captación reaccionaria es el menor de los males, por lo menos en las condiciones hemisféricas actuales: o bien se logran algunos cambios significativos, o no se alcanzan sino transformaciones intrascendentes.

Sin embargo, es del caso anotar que las clases populares con frecuencia han obligado a las antiélites a una mayor acción, imponiendo sobre ellas un compromiso parcial. Las debilidades de los líderes se compensan con la decisión y el atrevimiento de la gente del común. Un margen importante de previsión se abrirá a los estrategas de la subversión cuando comprendan cómo la defección de la antiélite podrá ser anticipada al avanzar la rebelión: en este caso, un liderazgo de origen popular podría reemplazar a la antiélite y seguir adelante con la lucha.

Por lo tanto, desde el punto de vista del revolucionario, el preparar estos cuadros dirigentes del pueblo y darles un apoyo institucional —es decir, el estimular la creación de una "antiélite popular"— parecería ser de la mayor importancia.

4. SENTIDO ACTUAL DE LOS MOVIMIENTOS GUERRILLEROS

El presente estudio no es un análisis sociológico. El tema de la guerrilla como hecho social, obviamente, es muy difícil de investigar y hay pocos datos objetivos y sistematizables sobre ella de que se pueda disponer. Aún así, con todas las dificultades inherentes a su estudio, la guerrilla no puede ignorarse porque es una de las expresiones más importantes de revuelta y de protesta que se registra hoy en los países del Tercer Mundo. Urgido por la necesidad de saber apreciar este fenómeno, no me ha quedado más recurso que basarme en los escritos de algunos participantes notables y en interpretaciones de fuentes secundarias y escritos de ocasión, así como en mi propio limitado conocimiento y reducida observación de la guerrilla en los varios países. Las conclusiones a que he llegado deben por lo tanto corregirse y clarificarse a medida que nuevas investigaciones se monten y enriquezcan el acervo de conocimientos sobre este asunto.

Durante los períodos de conflicto agudo que distinguen a la historia de América Latina siempre han aparecido las guerrillas; pero no han tenido cada vez el mismo sentido, ni el mismo propósito ha animado a sus miembros. Por ejemplo, hubo guerrillas contra los españoles durante las guerras de Independencia. En tiempos más recientes han sido confundidas con diversos grupos armados, con el bandolerismo y el cuatreroismo, y con movimientos nativistas. También se han considerado como elementos activos dentro de revoluciones políticas frustradas, como "la Violencia" en Colombia. En estos casos, las guerrillas constituyeron una expresión de rebeldía y de protesta, pero sólo motivada por la necesidad de lograr "cambios marginales", es decir, transformaciones inmediatas que pueden ser toleradas por un orden social establecido porque no destruyen sus valores y normas fundamentales.¹ En

¹ Estos conceptos se presentan y discuten especialmente en mi mo-

BIBLIOTECA Y HEMEROTECA

efecto, en tales casos las guerrillas han sido dirigidas generalmente por los caudillos de siempre —actuales o en potencia—, y por lo tanto han encajado dentro de la sociedad tradicional sin retarla a fondo.

Cuando los grupos rebeldes tratan de separarse decididamente del orden establecido, pueden tomar entonces dos caminos: uno es la vía del escape, a través del anhelo mesiánico; el otro es el de adoptar una posición verdaderamente subversiva, derivada de un compromiso ideológico-político. Los movimientos mesiánicos y su meta ultraterrenal son bien conocidos y han sido analizados por otros autores.² La tarea que urge ahora es la de tratar de comprender el sentido y la significación de aquellos grupos guerrilleros que tienen el compromiso de transformar la sociedad por medio de la acción directa —como es el caso actual en varios países latinoamericanos— y que son claramente distintos de los bandoleros comunes.

Este tipo de guerrilla contemporánea realmente comprometida con el cambio, vista a la luz de los ritmos y procesos históricos, parece ser un síntoma significativo de transformación política. Pero esta significación surge sólo cuando las guerrillas se articulan como elementos sociales dentro de una estrategia global de subversión y cambio en el área. Entonces se convierten en expresiones lógicas del esfuerzo por alcanzar un desarrollo integral, a medida que buscan batallar contra las incongruencias e inconsistencias observadas en la sociedad en cuyo seno se forman. Descubren estas fallas especialmente en el ámbito moral o valorativo (cf. la crisis del cristianismo), en el contexto político-democrático (cf. la farsa electo-

nografía *From Marginal to Significant Change in Latin America* (Londres, 1968) y en los estudios incluidos en este volumen. En cuanto al uso del concepto de subversión, véanse el primer capítulo de este libro y *La subversión en Colombia*, Bogotá, 1967.

2 Cf. Euclides da Cunha, *Os sertões*, Rio de Janeiro, 1944; Maria Isaura Pereira de Queiroz, *O messianismo no Brasil e no mundo*, São Paulo, 1965; Eric Hobsbawm, *Primitive Rebels*, Manchester, 1959. Para entender otros tipos de guerrilla: Hernando Franco Isaza, *Las guerrillas del llano*, Caracas, 1957, y algunas novelas latinoamericanas del período desde 1940. También Germán Guzmán, O. Fals Borda y E. Umaña Luna, *La violencia en Colombia*, Bogotá, 1962-64.

ral), y en la esfera económica (cf. la inequitativa distribución de la riqueza).

Las guerrillas, junto con otros grupos subversivos, se convierten en símbolos de la protesta social. Protestan contra las injusticias del presente, contra las desigualdades y el despilfarro, y llaman la atención hacia las posibilidades futuras de reconstrucción social. Los miembros de las guerrillas y otros subversores actúan motivados por un fuerte elemento utópico, que busca no sólo destruir aquellas injusticias y desigualdades que saltan a la vista, sino reconstruir la sociedad según la visión de un hombre nuevo y de un nuevo mundo. En razón de que otros canales de cambio social se obstruyen para alcanzar tales metas, invocan entonces el derecho a la justa rebelión o al uso de la violencia revolucionaria (o contraviolencia, para contrarrestar la violencia reaccionaria de los regímenes establecidos). Ello, con el fin de deponer a las élites gobernantes de turno que se consideran como responsables de la situación.³

El padre Camilo Torres, sacerdote colombiano que se unió a las guerrillas en 1965, justificó el uso de la contraviolencia al denunciar el hambre del pueblo como algo más mortal que los temores de pecado *in articulo mortis*

³ Entre las obras fundamentales sobre este tema: Ernesto Guevara, *La guerra de guerrillas*, La Habana, 1960, y *Guerrilla Warfare*, Nueva York, 1968; *El diario del Che en Bolivia*, México, 1968; Régis Debray, *Revolución en la revolución*, La Habana, 1967, y *Revolution in the revolution*, Nueva York, 1968; Camilo Torres, *Biografía, plataforma, mensajes*, Medellín, 1966, y *Écrits et paroles*, París, 1968; Hugo Blanco, *Tierra o muerte, venceremos*, Lima, 1964. Hay varias ediciones en español de las primeras dos obras. Otros datos pertinentes y descripciones e interpretaciones paralelas se encuentran en obras como las siguientes: Hugo Neira, *Cuzco, tierra y muerte*, Lima, 1964; Francisco Julião, *Qué são as Ligas Camponêsas*, Rio de Janeiro, 1962; W. W. Craig, Jr., "The peasant movement of La Convención, Perú", Raleigh, North Carolina State University, mimeo, 1966; Clodomir Santos de Moraes, "Comportamiento ideológico de las clases y capas del campo en el proceso de organización", Santiago, ICIRA, mimeo, s.f.; Armand Gatti, ed., *Journal d'un guerrillero*, París, 1968; Walter H. Slote, "Case analysis of a revolutionary", en Frank Bonilla y José A. Silva Michelena, eds., *A Strategy for Research on Social Policy*, Cambridge, 1967, pp. 241-311; James Petras y Maurice Zeitlin, eds., *Latin America: Reform or Revolution*, Greenwich, Conn., 1968, pp. 329-380.

BIBLIOTECA Y HEREDITARIO
CONSEJO DE HUMANIDADES

inspirados por la Iglesia, y como más decisiva que los debates sobre la inmortalidad del alma. La intensidad y la crueldad de la lucha, decía el padre Torres, están condicionadas por la reacción de los intereses creados: la lucha puede ser no violenta si esos intereses creados entregan pacíficamente sus injustas prebendas y dejan de explotar al pueblo. En esta forma, el peso de la responsabilidad moral por el uso de la violencia pasa a los grupos dominantes y representativos del "sistema" tradicional.⁴

En consecuencia, en lugar de juzgar este tipo de violencia y la guerrilla ideológica que le acompaña como signos apocalípticos que señalan la decadencia de la civilización occidental, bien pueden interpretarse como pruebas de la vitalidad de estas sociedades en los esfuerzos que realizan para impulsarse hacia el progreso, en busca de su autorrealización. Estas expresiones subversivas hacen descubrir a las sociedades la importancia del cambio significativo, al estimular el contrapunto dialéctico entre ideología y utopía como medio para alcanzar un nuevo orden social.

24000

Dentro de la más amplia estrategia de la subversión, las guerrillas también tienen la oportunidad creadora de responder al reto de la autonomía y el desarrollo propios de la región. Este esfuerzo que lleva a la reconstrucción social de América Latina puede tener un impacto mundial. No sería de sorprender que otros países del Tercer Mundo en etapas similares dirijan su atención a esta lucha, y sigan los modelos de combate desarrollados en este continente.

Distribución de las guerrillas

En forma contraria a los estereotipos que sitúan las guerrillas en la selva, éstas pueden encontrarse en una variedad de terrenos: en las vertientes de las montañas, en las punas áridas, en el desierto y el bosque tropical. Las guerrillas se encuentran en territorios de antiguo po-

⁴ Torres, *passim*.

blamiento así como en áreas lejanas de colonización. Sin embargo, su geopolítica es peculiar e interesante, porque el movimiento guerrillero parece tener un teatro central, o núcleo, en el "corazón de América": en los países andinos desde Venezuela hasta Bolivia, incluyendo a Colombia, el Ecuador y el Perú.

La aparición de este núcleo puede relacionarse con el impacto relativamente reciente de la ideología socialista en los cinco países del área. Este impacto fue un fuerte reto al *statu quo* y desde la década de 1920 preparó el camino a movimientos sociales de la mayor significación. Además, sentó las bases para la acción subversiva contemporánea, por medio de los primeros sindicatos, las ligas campesinas, las organizaciones estudiantiles, una o dos antiélites, y las guerrillas. Todos estos grupos, por supuesto, reflejaban la existencia de graves problemas sociales en el área. De este núcleo, el movimiento guerrillero pasó en diferentes formas a Guatemala, Cuba, la República Dominicana, el noreste de Brasil y, más recientemente, al norte de Argentina, Bolivia y la región central-meridional de México. Sin embargo, no había una coordinación global de estos movimientos, ya que eran más bien respuestas a situaciones locales. Sólo en 1967 se hizo un intento de racionalizar y coordinar las actividades subversivas en todo el continente, a través de la nueva Organización Latinoamericana de la Solidaridad (OLAS) establecida en la Habana.

Estrategia y tácticas

Durante la etapa no coordinada de la subversión en América Latina, las guerrillas eran impulsos nacionalistas que atacaban problemas inmediatos: sólo tuvieron un horizonte social limitado. Su mejor expresión, y la de mayor éxito, fue la lucha de Fidel Castro en la Sierra Maestra.⁵ Estimuladas por el éxito de Castro, las guerrillas de otros lugares trataron de seguir el patrón de la Sierra Maestra;

⁵ Véase de Ernesto "Che" Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, La Habana, 1963.

BIBLIOTECA Y HEMEROTECA
CARRANZA Y HUMANIDADES

pero después de ocho años de ensayo y error, se demostró que eso era imposible.

Lentamente surgió una conciencia ultranacionalista, derivada del descubrimiento de la verdadera naturaleza de la lucha contra los regímenes locales establecidos, ya que éstos estaban apoyados por un poder imperialista, el de Estados Unidos. La lucha había sobrepasado ya los límites nacionales: se llevaba a cabo contra un enemigo en todo el hemisferio, que había logrado coordinar los ejércitos nacionales dentro de un aparato de "contrainsurgencia", supervisado a su vez y dirigido por el Consejo Interamericano de Defensa. Al mismo tiempo, el ejemplo impresionante de las guerrillas de Vietnam se hizo cada vez más patente. Consecuencia natural fue la modificación de la estrategia, nacionalista de la guerra de guerrillas para convertirla en lucha antiimperialista. Ernesto "Che" Guevara lanzó la nueva consigna: "Crear dos, tres, muchos Vietnam".⁶ En esta forma, el nuevo movimiento subversivo trató de situar los intereses nacionalistas dentro del contexto de una lucha de amplitud continental, contra Estados Unidos. En esta etapa todavía evoluciona en el presente, bajo la supervisión institucional de la OLAS.

En el terreno concreto y en las condiciones específicas creadas por las circunstancias históricas y socioeconómicas, la guerrilla también ha hecho un cambio en sus tácticas durante los últimos años. Al principio, los grupos rebeldes en las áreas rurales trataron de construir bastiones para la "autodefensa" en lugares donde los campesinos fueran apropiadamente organizados; un buen ejemplo lo constituyen las conocidas "repúblicas independientes" de Colombia (Viotá, Sumapaz, El Pato, Marquetalia, Ariari, Barragán).⁷ Con el advenimiento de la contrainsurgencia, estos bastiones fueron destruidos uno tras otro por las tropas regulares. Por supuesto, representaban una solución estática a una situación dinámica y no podían ser defen-

⁶ Ernesto "Che" Guevara, *Carta abierta al Congreso Mundial de la Solidaridad de los Pueblos*, La Habana, 1967.

⁷ Guzmán et al., vol. 1; José Gutiérrez, *La rebeldía colombiana*, Bogotá, 1962.

didas por mucho tiempo. Había necesidad de diseñar nuevas tácticas para los demás grupos.

La práctica preferida hoy día es la recomendada por Debray y Guevara de organizar grupos móviles y focos guerrilleros de expansión con unidades pequeñas, flexibles y ágiles que cuenten con la cooperación del campesinado.⁸ Para este fin los líderes y miembros de la guerrilla se esfuerzan por ganarse el respeto de los campesinos, tratan de comunicarse con ellos en su propio lenguaje y de tener *rapport* en diversas formas. Respetan la propiedad y la vida del campesino, imparten conocimientos, distribuyen semillas, y toman parte en determinados proyectos de acción comunitaria. A cambio de esto, las guerrillas cuentan con la protección, simpatía y encubrimiento de la gente del común, cuandoquiera que ésta no tema la venganza de las partes contendientes.

Esta táctica del foco expansivo permite a las guerrillas una mayor libertad de acción y más iniciativa, lo que las puede convertir en prácticamente indestructibles. Pero requiere una resistencia física extremada y una gran constancia de parte de sus miembros.

Liderazgo y composición

El liderazgo actual de las guerrillas está fundamentalmente en manos de grupos comunistas y socialistas, que junto con la izquierda marxista han arrebatado a los viejos liberales y a los cristianos las banderas de la reforma social y económica. Es posible discernir dos tipos de liderazgo: 1) el campesino o el ex recluta del ejército; y 2) el intelectual o el profesional.

El líder campesino de la guerrilla está bien representado por Manuel Marulanda (a quien se da el apodo de "Tirofijo"), el jefe del bastión de Marquetalia, que hoy está actuando en la región central-oriental de Colombia. Él ha sido el único guerrillero que pudo cubrir el compás desde el caótico período de "la Violencia" hasta el pre-

⁸ Debray, *passim*; Guevara, *La guerra de guerrillas*, y *El diario del Che en Bolivia*.

sente, cuando se realiza una lucha ideológica comprometida. Marulanda se ha convertido en un líder maduro con metas sociopolíticas claras. Él, como otros, está oficialmente vinculado al Partido Comunista, y así tiende a seguir lo que podría ser identificado como una "línea de Moscú".

El líder intelectual profesional que lucha con mística y celo utópico y reta al "sistema" con sus propias armas como conocedor de dentro está representado por personajes notorios —algunos de los cuales ya están muertos— como Ernesto Guevara en Cuba y Bolivia; el padre Camilo Torres, Fabio Vásquez y Ernesto Lara Parada en Colombia; Douglas Bravo en Venezuela; Hugo Blanco y Javier Heraud en Perú y algunos de los miembros de los grupos rebeldes de Guatemala. Estos líderes, por regla general, no siguen las directivas de los partidos comunistas oficiales, porque se consideran consignas que favorecen fórmulas evolutivas y no revolucionarias, al intentar acomodarse dentro de los sistemas políticos nacionales. Desde Guevara hasta Blanco aceptan plenamente el principio de la justa rebelión, y de propósito incluyen la contraviolencia en sus planes y prospectos. Siguen una línea maoísta-cubana de activismo revolucionario.

Aunque la fuerza de choque ha sido periódicamente aumentada con estudiantes universitarios, profesionales, antiguos burócratas y otras personas urbanas de clase media y baja, el cuerpo principal de las guerrillas está compuesto por campesinos de diversos antecedentes económicos y sociales. En general son trabajadores o gentes sin tierra; los pequeños propietarios (minifundistas *petit bourgeois*) en general tienden a mantenerse alejados de la guerrilla: no tienen otro interés que el de lograr sobrevivir de sus pequeñas parcelas, aceptadas de manera fatalista como una forma de vida inmutable. Los campesinos vinculados a la guerrilla pueden haber llegado a unos 2 500 alrededor de los años culminantes de 1960.

Por supuesto, había, y todavía hay, muchas otras personas que simpatizan con la guerrilla en el campo y en la ciudad, y que la apoyan a través de organizaciones paralelas o terroristas establecidas clandestinamente. Estas

organizaciones urbanas y grupos afines, con algunas instituciones y otros círculos, pueden ser tan efectivos para el desarrollo y el cambio subversivos como la misma guerrilla rural, y pueden contribuir significativamente al esfuerzo revolucionario.

Tendencias actuales

Después de haber florecido en los primeros años de la década de 1960 como resultado del éxito de la revolución cubana, las guerrillas han tenido que limitar su acción y su efectividad en el presente. Esto se debe a una variedad de factores, algunos de los cuales ya han sido sugeridos.

En primer lugar, ha habido un elemento externo representado por las campañas de la llamada "contrainsurgencia", ya mencionada, como parte del frente hemisférico de la Guerra Fría. Escuelas especializadas fueron establecidas en Panamá y otros lugares, y comandos como los "Green Berets" fueron entrenados y enviados a áreas críticas. La Agencia Central de Inteligencia (CIA) tomó parte en estas campañas. Gracias a préstamos intergubernamentales y a la asistencia técnica a las naciones latinoamericanas, éstas comenzaron a modernizar sus ejércitos, cuya moral llegó a acentuarse. Un esfuerzo de contrainsurgencia importante fue la denominada "acción cívico-militar", concebida para modificar la imagen pública del ejército y hacerlo aparecer como servidor denodado de la gente del común. Entonces se usaron *bulldozers* militares para abrir caminos a aldeas aisladas, los soldados ayudaron a construir escuelas, y los dentistas y barberos del ejército atendieron gratuitamente a los campesinos.⁹

Mientras se aplicaba esta terapia externa, aparecieron factores internos que también obstaculizaron la eficacia de la guerrilla. El principal fue la distracción de energías por la polémica mundial entre revisionistas y maoístas. Este conflicto no permitió la coordinación y cooperación

⁹ Willard F. Barber y C. Neale Ronning, *Internal Security and Military Power*, Columbus, 1966.

plenas entre las guerrillas campesinas que tenían el apoyo del partido y las otras de los intelectuales. El reclutamiento también decayó. En consecuencia, la lucha contra el enemigo común se debilitó visiblemente.

Además, los gobiernos hicieron una serie de ajustes y concesiones que llevaron al cambio gradual y marginal, con el fin de satisfacer las urgencias más inmediatas del campesinado. Se adoptaron como políticas oficiales la reforma agraria y otros servicios rurales. Estas medidas no eran mucho más que paliativos; pero lograron posponer la acción revolucionaria y acallar la intranquilidad aldeana que de otro modo se hubiera convertido en revuelta favorable a las guerrillas.

No obstante, también ha habido errores en las tácticas y algún mal manejo por parte de las guerrillas mismas. Fuera de las arduas lecciones aprendidas al tratar de duplicar ciegamente el patrón de la Sierra Maestra, algunos de aquellos errores pueden verse ahora en toda su plenitud, a medida que el liderazgo de la primera ola de guerrillas ha ido quedando prácticamente aniquilado. Por ejemplo, la falta de preparación física y la inmadurez de los estudiantes universitarios que con la mejor intención se fueron al monte a luchar produjeron una crisis interna en la actividad guerrillera de Venezuela y de otros países; la necesaria empatía campesina aparentemente no fue bien medida por Guevara en Bolivia; la madurez de las condiciones políticas en Colombia no parece haber sido auscultada con precisión por el padre Torres y sus asesores, quienes por lo mismo le llevaron a arriesgarse atrevidamente en el combate; y la indiferencia de los soldados del ejército regular en Perú fue sobrestimada por Blanco. Mientras tanto, los esfuerzos subversivos se infiltraron con algunos oportunistas que se aprovecharon de la ayuda financiera, explotaron a quienes apoyaban a las guerrillas, o desacreditaron en una u otra forma el esfuerzo organizado por los grupos rebeldes.

Sin embargo, aunque las guerrillas parezcan estar maniatadas en el presente, todavía se hacen sentir. Acarrean consecuencias positivas para las partes enfrentadas en el conflicto. En su condición latente, las guerrillas sirven a

los gobiernos como espantajo para obtener créditos y préstamos de Estados Unidos. Al mismo tiempo, las guerrillas sirven como torniquetes de presión sobre los regímenes para hacerles sentir la urgencia del cambio social y económico, puesto que los problemas fundamentales de la región no han sido solucionados. Esto significa básicamente que, aun contando con el esfuerzo de la contra-insurgencia, las guerrillas no podrán ser eliminadas mientras persistan los órdenes sociales actuales con sus maquinarias políticas desuetas, sus dramáticas incongruencias, y sus dilemas valorativos.

El reto moral de las guerrillas

Las guerrillas ideológicas de hoy en América Latina, junto con otros grupos subversivos que poseen una motivación similar para transformar el orden social, parece que cumplen una función importante: la de servir como conciencia de la sociedad. Ellas son como tábanos recurrentes que recuerdan al gobierno establecido, a la Iglesia establecida y a los grupos económicos y sociales del "sistema", el gran fracaso de éstos en dar al hombre moderno guías claras para su habilitación fructuosa, dentro de la sempiterna búsqueda de la dignidad y la justicia.

Básicamente, las guerrillas así motivadas y los otros subversores de los países críticos que buscan transformaciones significativas parece que van en la dirección adecuada, a medida que la historia avanza con ellos. Comoquiera que otros canales de cambio social se encuentran obstruidos en esos países, el desarrollo fundamental y el cambio significativo son casi imposibles de lograr. Entonces se necesitan estos grupos coercitivos. Al aparecer, retan; y construyen de rebote. Muchos de sus miembros merecen por lo menos el respeto de los observadores, por la posición humana que han tomado, consistente con sus ideales. Son, en verdad, subversores; pero con una estructura básica de valores y con una mística que reclaman ajustes vitales en el resto de la sociedad.

Aunque en forma insultante se les llame subversivos

50802

hoy, algunos guerrilleros, y otros más, bien pueden convertirse en una especie de santos seculares o héroes del futuro. Más aún, las Iglesias cristianas no están ahora produciendo este tipo de "hombre de Dios", aunque el ejemplo del padre Torres y de otros subversores cristianos de tiempos recientes bien podría desvirtuar esa afirmación.¹⁰ Si esto es una medida del sacrificio requerido para la redención del mundo y un modo de encontrar el honor sirviendo una causa justa, el ser en la actualidad un subversor no debería causar vergüenza. Significaría estar librando una batalla valiosa por el hombre: la creación de un orden social nuevo y mejor en América Latina y en el mundo.

10 Cf. Germán Guzmán, *Camilo: presencia y destino*, Bogotá, 1967; *El padre Camilo Torres*, Siglo XXI, México, 1968.

5. REVOLUCIONES INCONCLUSAS EN AMÉRICA LATINA

La muerte del comandante Ernesto Guevara en noviembre de 1967 produjo, por razones obvias, una de esas pausas que son tan convenientes para reflexionar y sopesar alternativas. Su muerte fue el clímax de un tipo de esfuerzo revolucionario que ha sido defendido por grupos activistas de toda la región como medio principal para alcanzar cambios socioeconómicos profundos en América Latina. Una vez pasada esa penosa crisis, sigue ahora el anticlímax de la indagación tediosa y de la cuidadosa reorganización y recuperación de los grupos que quieren mantener la presión sobre el *statu quo*. Nuevos héroes, nuevas utopías, nuevos rumbos de rebeldía probablemente harán su aparición, porque los problemas básicos de la sociedad latinoamericana persisten e invitan al pensamiento y a la acción iconoclastas. Los activistas seguramente iniciarán otro ciclo de lucha, abriendo una nueva etapa en que las tradicionales instituciones serán subvertidas con mayor decisión.

La posibilidad de iniciar otro ciclo de subversión plantea el interrogante de su eficacia, porque los esfuerzos subversivos anteriores, aunque significativos no han sido del todo satisfactorios. El temple de la sociedad que está fraguándose hoy en el continente no parece realizar los sueños de los intelectuales, profetas, visionarios y líderes políticos que han luchado por el cambio. Por eso surge una sensación de perplejidad acompañada de una ansiedad agnóstica. ¿Será que el esfuerzo revolucionario en ciernes puede terminar en otro punto muerto, como el que se experimenta en el presente? ¿O podrá esperarse que el renovado impulso hacia la transformación social dé al fin una respuesta clara a la larga y atormentada búsqueda de la razón de ser América Latina?

Quizá estemos frente a un problema insoluble, como puede apreciarse al estudiar la historia de las naciones

más antiguas. Sin embargo, hay aquí también un dilema ontológico, especialmente cuando los latinoamericanos nos hacemos periódicamente las preguntas obvias: "¿Qué somos?" "¿A dónde vamos?", preguntas que preocuparon a Esteban Echavarría no menos que a Benjamin Constant, y que permanecen vivas en el pensamiento latinoamericano.

Pero tal angustia espiritual e ideológica no debería estar siempre presente entre nosotros. Tiene que haber un momento decisivo de la historia en el que las perplejidades desaparezcan. Por ejemplo no parece que hubieran existido durante el período de la conquista española y portuguesa, excepto en los aspectos menos trascendentales de los instrumentos empleados para llevarla a cabo. En esa época los grupos sociales y económicos claves estaban animados por utopías, intentando crear un Nuevo Mundo o una sociedad superior a la europea. Los experimentos sociales de los dominicos y los jesuitas, de Las Casas y de Vasco de Quiroga, aunque sin éxito al final, mostraron el calibre y la determinación del compromiso ideológico de la época. No existía entonces la angustia del ser; por el contrario, aparecía una atrevida afirmación, un enfoque valiente, una concepción del mundo sin precedentes, actitudes que usaron para fundir las civilizaciones americanas en el nuevo crisol del imperio. La síntesis resultante persistió como una forma de vida por varios siglos, después de haber logrado la primera revolución social completa de América, aquella impuesta por la subversión señorial y cristiana de la sociedad indígena.¹

¿Podrá deducirse algo de esa extraordinaria subversión del siglo dieciséis que sea de utilidad para la disyuntiva del presente? Es posible. El análisis sociológico de los mecanismos empleados para lograr el cambio y mantener por generaciones la dirección de ese cambio con el fin de satisfacer sueños utópicos e intereses ideológicos indio

¹ Para el concepto de "subversión" utilizado en este contexto, véase del autor, *La subversión en Colombia*, Bogotá, 1967; y para una interpretación paralela de la conquista ibérica, R. A. Humphreys, *Tradition and Revolt in Latin America*, Londres, 1965.

que esos mecanismos aparecieron también en períodos históricos subsiguientes, especialmente después de haberse logrado la independencia de España.²

Pero la *dirección* que el cambio tomó en el siglo diecinueve y la *calidad* de sus transformaciones no parecieron solucionar los problemas de la sociedad, especialmente aquellos que tenían que ver con la movilización activa y la más amplia participación de las masas marginales: no se rindió sino homenaje verbal y legal a esos ideales. Surgieron nuevos grupos dominantes, es cierto, algunos de los cuales tuvieron un gran impacto sobre la sociedad. Pero al final dejaron su tarea inconclusa, dejando a las subsiguientes generaciones el reto de la renovación social profunda. Por eso el dilema ontológico persiste hasta el presente. Según muchos observadores, no tenemos todavía un orden social plenamente satisfactorio como un acto propio de creación, que nos dé la capacidad de afirmarnos como región autónoma ante el mundo y que nos permita aliviar los problemas de tensión estructural interna que experimentamos.³

Sin embargo, el esfuerzo de algunos grupos claves anteriores que trataron de responder al reto de los tiempos se transformó a América Latina, lentamente al principio, con rapidez creciente en las últimas décadas. No puede negarse este cambio: a los ojos de los primeros participantes del proceso parece como si ahora se viviera en un mundo diferente. Existen razones para creer que los elementos conservadores de la sociedad, ahora cada vez más inmersos en la corriente inevitable del cambio, estén

2 Véase Fals Borda, *La subversión*, caps. 4, 9 y 10.

3 Para algunas recientes expresiones de esta posición, véanse, de Celso Furtado, "Development and Stagnation in Latin America: A Structuralist Approach", *Studies in Comparative International Development*, 1, núm. 11, 1965, Egbert de Vries y José Medina Echavarría (eds.), *Social Aspects of Economic Development in Latin America*, Paris, 1963. Para una discusión general sobre la idea de la "calidad del cambio", véase, de Florestan Fernandes, "Atitudes e motivações desfavoráveis ao desenvolvimento", en Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais, *Resistências à mudança*, Rio de Janeiro, 1960, pp. 219-226. Las referencias a la movilización social y a la participación se derivan de Cino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, 1962, pp. 147-162.

dando brazadas de ahogado, aunque en ocasiones sobregüen y ganen escaramuzas importantes. La caja de Pandora ha sido abierta y ni los más hercúleos esfuerzos podrán volver a someter a las furias escapadas; pero allí también queda la Esperanza. Por eso las más recientes voces académicas, desesperadas por la reaparición del conservatismo y de los mecanismos de restricción en América (representadas por la mayoría de las contribuciones a los volúmenes publicados por Claudio Veliz, *Obstacles to Change* y *The Politics of Conformity*, y por Lipset y Solari, *Elites in Latin America*)⁴ no tienen sino una vigencia relativa. He aquí un problema de perspectiva. La presente pausa parece ser un compás que se abre temporalmente dentro de una larga lucha en que los grupos tradicionales acorralados están recurriendo a toda clase de maniobras para poder sobrevivir. El reto es real: la subversión socialista, la revolución cubana, la diáspora de los grupos rebeldes dentro del área, respiran y se agitan. Sólo que las bases para la perenne confrontación entre la tradición y la innovación han sido modificadas y llevadas a un nuevo plano. No es difícil ver cómo las tendencias históricas están inclinando la balanza hacia la innovación.

Pero ¿qué *clase* de mundo se construye hoy día en la región? Retornan aquí la perplejidad y la duda. No hay ninguna seguridad de que la última innovación sea de una naturaleza tal que impida la evolución gradual y el cambio marginal,⁵ para que brinde más bien una transformación total. Puede que no se responda aún a aquella importante pregunta: "¿Qué es América Latina?" Aparecería un eslabón más en la ya larga cadena de revoluciones inconclusas de este hemisferio. Desgraciadamente, los hechos que se discuten a continuación justifican este temor elemental.

4 Claudio Veliz (ed.), *Obstacles to Change in Latin America*, Londres, 1965, y también *The Politics of Conformity in Latin America*, Londres, 1967; Seymour M. Lipset y Aldo Solari (eds.), *Elites in Latin America*, Nueva York, 1967.

5 Véase el ensayo sobre el cambio marginal en este volumen; igualmente para el concepto de "cambio significativo".

Ya que no es posible negar la intensidad del cambio socioeconómico ocurrido en el inmediato pasado, los hechos de la pobre calidad y de la dirección errática de ese cambio demuestran la forma insatisfactoria como los grupos dominantes han explotado los mecanismos sociales. Aun tomando en cuenta las condiciones generales estructurales y demográficas —que con frecuencia no ayudan al proceso e incluso reducen el alcance de la acción directiva— hay campo para pensar que algo ha andado mal con las políticas empleadas hasta ahora por los grupos claves de América Latina. Quizá se han puesto falsas esperanzas en procesos sociales que a corto plazo están probando ser más disolventes de revoluciones. O probablemente existe un destino ominoso que debilita la voluntad de los líderes inconoclastas, haciéndoles traicionar sus ideales y dejándoles listos para ser asimilados por el "sistema".

Parece adecuado, entonces, tomar ventaja del actual paréntesis histórico, que tanto induce a la meditación, con el fin de examinar algunos de los factores de cambio social en América Latina que han llevado a la sociedad local a su presente etapa, una etapa que podría ser designada como de "desarrollo sin rumbos". De esta discusión tengo que excluir a Cuba, no porque no merezca consideración, sino porque precisamente a la luz de las circunstancias actuales, y en vista de la experimentación que allí se adelanta con "incentivos morales" y con la visión de un "hombre nuevo", es hoy la única excepción a la regla del cambio marginal. Como tal merece un tratamiento aparte.

Por supuesto, es difícil determinar científicamente cuál es la calidad del cambio y cuál la dirección que toma o debe tomar de acuerdo con los fines. Estos problemas implican valores sociales. Por lo tanto, los valores deben ser tenidos en cuenta por el científico como parte de la ecuación investigativa, los suyos propios así como los de la sociedad que observa.⁶ Los valores deben hacerse explí-

⁶ Para una discusión más amplia de estos problemas metodológicos, véase, de Orlando Fals Borda, "Ciencia y compromiso", *Aportes*, París, núm. 8, abril de 1968, pp. 118-128.

BIBLIOTECA Y HEREDITARIO
Facultad de Humanidades

50807

citios, pues de otro modo sería posible que bajo el disfraz de "la objetividad científica" se oculte un fraude a la verdad. Así, una discusión franca de los problemas de América Latina, especialmente de aquellos que han dado lugar a revoluciones, no puede escapar a una evaluación. Tengo, pues, que proceder en esta forma para el presente ensayo, aún más si quiero indagar a fondo sobre aquel eterno interrogante ontológico con el cual empecé.

Comencemos, entonces, a examinar algunas tendencias de los principales procesos sociales, siguiendo con algunas opiniones sobre diversas políticas, para terminar con una rápida revisión de los factores grupales y de personalidad que inciden en los vaivenes del cambio social.

Frustración de los procesos sociales

Para muchos observadores, el proceso de *urbanización* constituye en sí mismo una revolución. Se supone que el traslado del campo a la ciudad tiene algún efecto mágico sobre los inmigrantes que les hace despojar de su herencia cultural, por lo menos parcialmente, y convertirlos en un nuevo tipo de hombre moderno. Esto en realidad puede ocurrir, y los efectos pertinentes son mensurables. Pero hasta ahora el nuevo elemento urbano no ha demostrado ser muy revolucionario; por el contrario, ha tenido la tendencia a duplicar en la ciudad sus anteriores lazos emotivos y los patrones sociales con que siempre se había familiarizado.⁷

Ahora que estos hechos se están esclareciendo, sus efectos no deberían sorprender mucho. El traslado masivo a la ciudad puede haber sido un movimiento profundamente conservador, una especie de válvula de escape a las tensiones internas del campesinado. Generalmente los mejores hombres y los de mayor ambición han sido los que emigran a las áreas urbanas. Pero si entre ellos había rebeldes, en las ciudades han encontrado Dalilas listas a

⁷ Véanse entre otros Philip M. Hauser (ed.), *Urbanization in Latin America*, Nueva York, 1961, especialmente las contribuciones de Andrew Pearso y José Matos; Elsa Usandizaga y A. Eugene Havens, *Tres barrios de invasión*, Bogotá, 1966.

recortarles los cabellos de su inconformidad. ¡Cuántos Emilianos Zapata no se habrán perdido en este proceso de sutil asimilación al orden establecido, que de haber permanecido en el campo se hubieran alzado contra el *statu quo* con mucha decisión! Conviene recordar también que las revoluciones populares más importantes del presente siglo en América Latina se originaron y pelearon en la aldea, en la ciudad; y que los movimientos populistas (de los que en general se oye hablar más) han resultado ser aventuras superficiales y relativamente cortas, con frecuencia derivadas hacia el neofascismo.

Parecería que los inmigrantes de la ciudad hubieran sido sometidos a un cambio gradual que les permitiese mover apenas un poco en la escala social, pero no lo suficiente como para retar la estructura de clase.⁸ Se han constituido sectores medios que se muestran indecisos entre estar por la revolución o contra ella; pero en su mayoría han logrado olfatear con realismo las ventajas de la acomodación social. Este cambio gradual y reducido es satisfactorio para los inmigrantes y otros escaladores de la sociedad, porque les proporciona beneficios comparativamente superiores a las casi inhumanas condiciones en que vivían con anterioridad. Sin embargo, al ampliarse la perspectiva de estas gentes, el ángulo de visión no se abre para mirar hacia arriba, hacia la oligarquía (excepto para imitarla), sino más bien hacia abajo, al lugar de donde han provenido. Entonces sienten que han recorrido una gran distancia en su mejoramiento propio (lo cual puede ser cierto en parte) cuando en realidad quedan sujetos a un nuevo fatalismo: el de caer en la cuenta de que en su vida actual casi no podrán continuar progresando. Se resignan entonces a su suerte, se abstienen de usar el potencial para el desarrollo que habían almacenado, y se convierten en clásicos elementos conservadores. Esta tendencia recibe el estímulo de las instituciones tradicionales, a veces en forma tan encubierta que ni aun los observadores más avezados logran barruntar lo

⁸ Cf. Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, 1965.

BIBLIOTECA Y HEREDITARIO
Facultad de Humanidades

60802

que va ocurriendo. Entonces, en un momento de crisis como durante la caída del presidente Goulart de Brasil en 1964, los sorprendidos observadores que habían pronosticado una total revolución hacia la izquierda quedan cortos de palabra ante la conducta inesperada de las mujeres de clase media saliendo a las calles de Río y de São Paulo a luchar "por Cristo y la familia".⁹

Pero si la búsqueda de mejores condiciones de trabajo y de vida en la ciudad ha tenido estos resultados tan ambiguos, ello no significa que vaya a seguir indefinidamente como escape conservatizante. Un determinado tipo de cambio social ha estado al alcance de las grandes masas y esto contiene factores autónomos que aceleran el proceso. El hecho del crecimiento urbano, añadido a la "explosión demográfica", puede suministrar un gran potencial para la revuelta, especialmente cuando las industrias locales son incapaces de proveer el pleno empleo para los inmigrantes.¹⁰ En ese instante, el proceso de urbanización se vuelve elemento básico de inestabilidad social, y con la inestabilidad vuelve a surgir el problema de la calidad y la dirección del cambio.

Probablemente existe ya una bomba política de tiempo en las ciudades. La decisión de cómo utilizar en la mejor forma esa fabulosa energía social acumulada bien puede ofrecer un momento decisivo —y estelar— para el desarrollo de América Latina. Pero sólo hasta ahí puede llegar la predicción.

La industrialización y la difusión tecnológica son otras panaceas dinámicas con resultados ambiguos. No hace mucho tiempo que los grupos dominantes de América Latina adoptaron "el desarrollo hacia dentro" como medio para alcanzar el "punto de decolaje" (*take off*) de Rostow. Hubo grandes esperanzas en la difusión de actitudes racionales y de valores técnicos y científicos entre la población. Muchos trabajadores agrícolas y de otros sectores de la economía fueron trasladados a esa tenta-

⁹ Emanuel de Kadt, "Religion, the Church, and Social Change in Brazil", en Veliz, *Politics*, p. 204.

¹⁰ E. J. Hobsbawm, "Peasants and Rural Migrants in Politics", en Veliz, *Politics*, p. 65.

dora área de la inventiva humana, para que recibieran las bendiciones de la industria y de la tecnología. Así sucedió, en efecto; pero sólo en parte y hasta cierto punto se recibieron aquellos beneficios. No parecen haber producido ni la clase y ni la calidad del cambio que se esperaba.¹¹

Por una parte, los procesos en estudio estimularon la formación de una "aristocracia sindical" cuyos privilegiados miembros tendían a ser instrumentos o peones de la *élite* industrial. Sus sindicatos podían ser fuertes, como en los casos de Bolivia y Brasil, pero no persistían en sus luchas revolucionarias, o se volvían cismáticos, como en Argentina. Han preferido sacrificar la ideología a cambio del confort mundano, por lo que se les ha tornado natural cobijarse bajo el manto paternalista de los patronos industriales para no asumir ante ellos una posición independiente.¹² Los miembros de esta privilegiada clase trabajadora industrial pueden interpretar la llegada tumultuosa de sus parientes marginales como una amenaza, y en consecuencia se unen a los grupos dominantes con el fin de mantener firme la estructura social que ven peligrar. Estos trabajadores acomodados (y los de la clase media) descubren otras avenidas menos peligrosas para el escalamiento social, como el proyectar sus aspiraciones a través de una participación "vicaria", delegada en terceros. Ésta es una de las funciones latentes de los eventos deportivos y de los éxitos de los atletas nacionales, la mayoría de los cuales son de las clases populares. Una vez colocados en ese conveniente rincón de escape psicológico, ya no constituyen los trabajadores una amenaza para el "sistema", como los ideólogos del *panem et circenses* de todas las edades bien lo saben.

¹¹ Véanse los análisis presentados por Charles W. Anderson en su *Politics and Economic Change in Latin America*, Princeton, 1967, y sus conclusiones sobre el "desarrollo ambiguo", pp. 310-353.

¹² Henry A. Landsberg, "The Labor Elite: Is It Revolutionary?" en Lipset y Solari, pp. 264-268. Para un punto de vista complementario (el trabajador como positivo para el cambio), véase, de Alain Touraine y Daniel Pécaut, "Conciencia obrera y desarrollo económico en América Latina", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. II, núm. 2, julio de 1966, pp. 150-178.

BIBLIOTECA Y HERBARIOS
Facultad de Humanidades
1914

60802

Por otra parte, la rápida acumulación de la riqueza hecha posible por la industrialización ha ampliado las distancias entre las clases sociales. Esto ha estimulado la formación de una oligarquía modernizante con fuertes vínculos a las nuevas condiciones que ayudó a crear.¹³ No es difícil hacer esta síntesis entre lo viejo y lo nuevo, porque el grupo industrial en realidad surge en gran medida de la tradicional aristocracia terrateniente. Los intereses de estos grupos aparentemente encontrados se combinan en forma poco usual, pero muy efectiva, como puede apreciarse en Colombia y en Perú.¹⁴ Este tipo de hombre industrial con paternalismo a la antigua ha resultado ser uno de los más importantes elementos para impedir el auge de los movimientos revolucionarios y para imponer una conversión a la derecha, porque la oligarquía industrial con latifundios instintivamente se vuelve conservadora en los momentos de crisis. El caso de la Revolución mexicana es una ilustración clara del fenómeno. Los terratenientes expropiados (que lograron mantener algún interés en la tierra) acudieron a la industria como una inversión natural, y al hacerlo así mantuvieron su distancia social. Y lo lograron hasta el punto de desvirtuar los fines más atrevidamente humanizantes del conflicto épico de 1910.¹⁵ En la actualidad, esa privilegiada élite industrial, no sólo en México sino en otros países, está tratando de llevar la industria a la automatización, sin tomar en cuenta sus efectos sobre el desempleo ya rampante, ampliando así la distancia con las clases trabajadoras y creando condiciones más controlables para su unilateral dominio. Esto es parte de la tragedia moral

13 Cf. José Luis de Ímaz, *Los que mandan*, Buenos Aires, 1964; Aaron Lipman, *El empresario bogotano*, Bogotá, 1964; Fernando Henrique Cardoso, *Empresario industrial e desenvolvimento econômico*, São Paulo, 1964.

14 Fals Borda, *Subversión*, cap. 6; François Bourricaud, *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo*, Buenos Aires, 1967.

15 Stanley R. Ross (ed.), *Is the Mexican Revolution Dead?*, Nueva York, 1966; González Casanova, *op. cit.*; Moisés González Navarro, "México: The Lop-Sided Revolution", en Veliz, *Obstacles*, pp. 226-228. Daniel Cosío Villegas compara la Revolución mexicana con la Sinfonía Inconclusa de Schubert, en su "The Mexican Left", en Joseph Maier y Richard W. Weatherhead (eds.), *Politics of Change in Latin America*, Stanford, 1964.

de la revolución industrial de América Latina: que haya sido capaz de producir dinámicos y eficientes capitanes de industria —aun con sus actitudes paternalistas tradicionales—, pero hombres que, por regla general, son indiferentes a la suerte de sus trabajadores y al bienestar de la masa de la población. Los salarios permanecen bajos mientras crecen las ganancias, y no se crean mercados más amplios y democráticos de consumo. El hombre industrial, por lo tanto, ha fallado. Ha sido incapaz de adelantar la clase de transformación socioeconómica total que sería más productiva en la región. Más aún, está resultando ser un lastre moral.

Más reciente, otro proceso potencialmente revolucionario ha hecho una aparición conspicua en el área: la *integración regional*. Sueño venerable de Bolívar, está hoy de moda y se han dado pasos importantes en este sentido. Pero lo más avanzado de este asunto no es la integración de los sectores estratégicos de la economía y el comercio como podría esperarse, sino la de las fuerzas militares del hemisferio.

Esto hubiera sido una buena noticia en otros tiempos y bajo condiciones históricas diferentes, cuando los ejércitos eran factores positivos para inducir el cambio significativo.¹⁶ Ha habido generales latinoamericanos reformadores y revolucionarios, aún antes de que Atatürk y Nasser hicieran irrupción en el Viejo Mundo. Pero ahora es cosa sabida que los ejércitos, en la mayoría de los países, se han convertido en soporte de regímenes reaccionarios. Esto proviene principalmente del aburguesamiento y la tecnificación del cuerpo de oficiales. Pero también se estimula por fuerzas externas comprometidas en la política mundial. Los ejércitos latinoamericanos han sido guiados ideológica y técnicamente en su lucha contra la "subversión" por el Departamento de Defensa de Estados Unidos, constituyendo un poderoso organismo,

¹⁶ Irving L. Horowitz, *Three Worlds of Development*, Nueva York, 1966, cap. 9; cf. John J. Johnson, *The Military and Society in Latin America*, Stanford, 1964. Por supuesto, los ejércitos pueden ser importantes para el cambio marginal, como se demuestra en varios países como Perú, Colombia y Ecuador.

el Consejo Interamericano de Defensa, para coordinar su acción.¹⁷ Se ha acreditado a esta institución el sofocamiento de la revolución guatemalteca, la frustración de los movimientos izquierdistas de Brasil y de la República Dominicana, y la contención de las guerrillas peruanas, colombianas y venezolanas.

En esta forma, el movimiento hacia la integración regional que es tan estratégicamente importante y que podría desatar tantas nuevas energías se ha convertido en factor contrarrevolucionario, incluyendo un elemento de dependencia internacional hacia Estados Unidos de América. Claro que esta dependencia (en su sentido más amplio) no es nada nuevo, ya que ha ido por turnos de España o Portugal a Inglaterra, Francia y Alemania. Pero si la calidad del cambio que se busca en Latinoamérica debe reflejar la idiosincrasia de nuestras gentes, entonces debería incluir elementos de independencia y autorreafirmación. Si la integración significa colocar a América Latina al servicio de los poderes mundiales dentro del marco de la Guerra Fría, ella llevaría la semilla de su propia frustración. No sería sino una entrega imprudente.

En cuanto a la integración en otros campos, ojalá no llegara a ser la suma total de las instituciones nacionales con sus peculiares filosofías descritas en las páginas anteriores. Todavía es demasiado pronto para juzgar. Por supuesto la integración puede llevar a articular una adecuada posición latinoamericana en el mundo.¹⁸ Si esto se hace, es decir, si se debilita la condición de dependencia de los poderes mundiales y se logra de ellos el respeto debido a la determinación local, se habrá dado un paso significativo en la región que podría ser de carácter revolucionario.

17 Cf. Willard F. Barber y C. Neale Ronning, *Internal Security and Military Power: Counterinsurgency and Civic Action in Latin America*, Columbus, 1966. Véase la interesante nota, p. 111, en José Nun, "The Middle-Class Military Coup", en Veliz, *Politics*.

18 Raúl Prebisch, *Nueva política comercial para el desarrollo*, México, 1964.

BIBLIOTECA Y MUSEOS
Facultad de Humanidades
1984

60802

Fallas en campañas socioeconómicas

Desde que los principios de John Locke sobre la propiedad y la democracia fueron incorporados en el siglo diecinueve a la mayoría de las constituciones latinoamericanas, el mito de la división de la tierra ha sido una preocupación tanto de los gobernantes como de los gobernados. El propósito era crear el mayor número posible de terratenientes particulares como un paso hacia las instituciones republicanas funcionales. De acuerdo con esa idea se subdividieron muchos ejidales y resguardos indígenas, y las parcelas resultantes se concedieron en dominio absoluto a sus ocupantes. Esto hubiera podido ser el origen de una profunda transformación social. Sin embargo, se convirtió en otra revolución inconclusa. Los nuevos dueños, la mayoría de ellos minifundistas e ignorantes, pronto malvendieron sus pequeñas propiedades a la tradicional aristocracia terrateniente, quedando en esa forma convertidos otra vez en siervos. El nivel de vida de la población rural no ascendió.¹⁹

Pero las élites dominantes aprendieron muy bien las lecciones contradictorias que surgieron de esa revolución ambigua. El mito del labrador independiente, del pequeño propietario y de la parcela de tamaño familiar como esquemas revolucionarios en ciernes, ha llegado hasta nosotros en la atractiva y bien dotada moda de las *reformas agrarias*; pero principalmente (o así parece) como elemento de distracción para impedir cambios más profundos. La mayoría de las 18 leyes de reforma agraria aprobadas en América Latina desde que se inició la Alianza para el Progreso buscan crear más propietarios y ciudadanos que participen de la democracia. Esto es parte integral de la transformación socioeconómica de la región. Y, en verdad, se ha alcanzado un cierto tipo de transformación; pero al verla dentro de la perspectiva his-

19 Aunque se sabe que este proceso ha ocurrido en la mayoría de los países latinoamericanos, no ha sido plenamente documentado. Para el caso de Colombia, véase Fals Borda, *El hombre y la tierra en Boyacá*, Bogotá, 1957; y también su *Campesinos de los Andes*, Bogotá, 1961.

50809
Escuela de Humanidades
UNAM

tórica, no parece ser verdaderamente significativa, por lo menos en lo que se refiere a dar a las masas campesinas una participación más amplia, más determinante y más definitiva en la sociedad. Al contrario, por medio de los esquemas agrarios mencionados se ha acallado la justificada inquietud aldeana y se han deprimido las aspiraciones crecientes de la ruralía. Esta clase de medidas de reforma agraria se han extendido como una capa de aceite sobre las aguas agitadas del campesinado que ha venido declarando su rebeldía por la justicia.²⁰

El mecanismo restrictivo que permite esta maniobra de distracción, como se sugiere anteriormente, es la subdivisión de grandes propiedades con la creación de los minifundios antieconómicos y las llamadas parcelas de tamaño familiar. Tienen un corolario: los proyectos de colonización. Esto puede comprobarse en Brasil, Colombia, Guatemala, Argentina, Perú, Ecuador y Chile, sitios de pertinentes estudios.²¹ En México, donde la revolución fue agraria, los ejidatarios se contentaron con pequeñas parcelas de cultivo, porque la tierra todavía era para ellos el más alto valor social.²² No había muchas otras cosas que pudieran desear y sus descendientes también han tenido la tendencia a aferrarse a la tierra. El resultado ha sido la formación de un proletariado rural empobrecido. Es fácil ver cómo la actitud de esas gentes ha sido intrínsecamente conservadora. Por eso también se entiende cómo la Revolución mexicana ha venido deteniendo el primer impulso revolucionario y frustrando su inicial promesa.

20 Consúltense los ensayos incluidos en Óscar Delgado (ed.), *Reformas agrarias en la América Latina*, México, 1965.

21 Véase la espléndida colección preparada por el Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, Washington, 1965-67; también, Solon L. Barraclough y Arthur L. Domike, "La estructura agraria en siete países de América Latina", *El Trimestre Económico*, México, vol. xxxiii, núm. 130, pp. 235-301.

22 Entre otros, Cosío Villegas, pp. 131-132; Edmundo Flores, *Tratado de economía agrícola*, México, 1961. Aun en las áreas de mayor éxito desde el punto de vista económico, como en La Laguna, la participación social y los procesos democráticos no han florecido plenamente; véase de Clarence Senior, *Land Reform and Democracy*, Gainesville, 1959.

Sin embargo, estos resultados aparentemente imprevistos se hubieran podido anticipar. En efecto, es raro encontrar minifundistas y colonos que a la vez sean revolucionarios o prontos a adoptar una mentalidad ideológica que abra las puertas a la innovación. (En México mismo, los primeros pasos serios de la contrarrevolución se dieron por el grupo de pequeños propietarios de Jalisco que habían sido empujados a la guerra de los Cristeros.) En forma semejante, el dar pequeñas parcelas a nombre de la reforma agraria en los otros países y el colonizar la lejana selva han sido esquemas "tranquilizadores" que convierten las zonas potencialmente peligrosas en sectores de respetables ciudadanos, pasivos a la subversión. Quizá esto sea a la corta una realización positiva; pero se torna inaceptable cuando se convierte en un fin y no deja proseguir los movimientos renovantes. Aun en Bolivia, tan cerca todavía como está del impacto de 1952, se sienten los mismos efectos frustrantes y ominosos que desvirtúan los fines originales de la revolución. Por lo tanto, parece que cuando se satisfacen las más inmediatas exigencias de posesión de tierras y se paralizan los procesos del cambio, la organización campesina resiste transformaciones más profundas en la sociedad.²³

Otra esperada "revolución de las expectativas" era la del *desarrollo de la comunidad*. Cuando este movimiento se introdujo por primera vez en América Latina en la década de 1950, se anticipaban grandes cambios. Sin embargo, exceptuando su aplicación en contextos totalmente revolucionarios como los de Cuba y Bolivia, o el de México en la época de las "misiones culturales", este movimiento ha resultado ser otro caso típico de cambio marginal, frecuentemente simulado. Ha tenido un efecto sobre la sociedad similar al engañoso de la coca en el estómago. Las campañas de desarrollo de la comunidad han resultado ser apenas un paliativo, despojadas como están de sus elementos intrínsecamente revolucionarios. Allí han

23 Cf. Aníbal Quijano Obregón, "Contemporary Peasant Movements", en Lipset y Solari, p. 334; Richard W. Patch, "Bolivia: The Restrained Revolution", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, núm. 334, 1961, pp. 123-132.

quedado ociosas, engordando del fisco, como un soporte más del *statu quo*.

Los verdaderos retos al "sistema" que los iniciadores de este movimiento trataron de hacer —como en Colombia, Venezuela, y Perú, cuando trataron de ampliar la base de la participación sociopolítica— resbalaron fácilmente al golpear el escudo protector de las *élites* dominantes. Los políticos, en particular, reconocieron prontamente las posibilidades de manejo de las masas, inherentes a las juntas comunales. El propósito era como el de dar caramelos a ración para ir aplacando a la gente y combatir la "subversión": una escuela aquí, un camino allá, un centro de salud acullá, de modo que hubiera una sensación de movimiento. A la larga este movimiento resultó ser algo estático, como el que simulan en el cine, pero ya en todo caso las masas habían sido algo satisfechas en lo material. Así, el desarrollo de la comunidad sirvió lo suficientemente bien como para desarmar la subversión, tarea que fue confiada a la acción cívico-militar y a equipos sociotécnicos especiales. Pero allí se detuvo el proceso del cambio: las actitudes y los valores dominantes de la gente, especialmente los relacionados con las estructuras tradicionales políticas y económicas, no cambiaron básicamente. El nuevo liderazgo elegido en las juntas (los "líderes naturales") eran despedidos si tenían tendencias radicales; o se les transformaba en agentes políticos. Las tradicionales divisiones de partido se llevaron a los procesos técnicos.²⁴

Una vez institucionalizado, el desarrollo de la comunidad se volvió respetable y pasó a ser miembro del "sistema". No fue esto un producto del azar. Hubo grupos

24 Estas notas están basadas en la propia experiencia y observación del autor. Pueden encontrarse indicaciones pertinentes en estudios tales como en el de J. A. Silva Michelena, "Factores que dificultan o han impedido la reforma agraria en Venezuela", en Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais, p. 141; Emilio Williams, *El cambio cultural dirigido*, Bogotá, Facultad de Sociología, 1963; T. Lynn Smith, *The Process of Rural Development in Latin America*, University of Florida Monographs, Social Science, núm. 33, 1967; pp. 76-79; Balden Paulson, *Difficulties and Prospects for Community Development in North-east Brazil*, Madison, Land Tenure Center, 1964.

BIBLIOTECA Y HEREDITARIO
Facultad de Humanidades
1974
60802

reaccionarios, como el de la "Mano Negra" en Colombia, que trajeron del exterior "ingenieros sociales" experimentados en desmontar revoluciones en potencia, que organizaron campañas de consideración "para mantener el control del pueblo". La Iglesia católica también trató de hacer igual con el trabajo de extensión rural y las escuelas radiofónicas. Sus fines seguramente eran distintos y se aplicaron correctivos con prudencia, especialmente durante el pontificado del papa Juan XXIII. Sin embargo, el efecto sobre aquella campaña "revolucionaria" fue el mismo: el de la ambigua frustración de su inmenso potencial de cambio.

Factores negativos de grupo y personalidad

Este último punto subraya el papel que los grupos sociales y el liderazgo político desempeñan en el estímulo o en la paralización del cambio revolucionario en América Latina. Por supuesto, ello es de gran importancia estratégica, y merece consideración porque está relacionado con nuestra principal preocupación acerca de la calidad y la dirección del cambio. La frustración de las campañas de desarrollo de la comunidad, los fracasos de las reformas agrarias, la falta de enfoque en la integración regional, las desviaciones morales en el proceso de industrialización, y la esterilidad ideológica de la inmigración rural-urbana pueden estar relacionadas, en una u otra forma, con el modo como los grupos estratégicos y algunos líderes nacionales han reaccionado ante las situaciones en las que se han encontrado. Desafortunadamente las medidas de éstos no han producido sino un desarrollo sin rumbos.

El primer grupo que debe ser mencionado es el de los *intelectuales*, incluyendo entre ellos al *profesorado* y a los *estudiantes universitarios*. Su historia, con algunas excepciones honrosas, ha sido una de imitación de contrapartes de Europa y Estados Unidos, de donde proviene la tradición cultural. Una xenofilia exagerada ha subrayado la investigación, los escritos y el entrenamiento de este grupo, con el consecuente colonialismo intelectual.

60809
Escuela de Humanidades
Univ. de Chile

Casi no se han hecho esfuerzos serios y sostenidos para formar escuelas propias que, además de mantenerse al día con los avances universales, estimulen la creación independiente. Con notables excepciones en la medicina y en la física, las universidades latinoamericanas no han puesto las bases de una secuencia tecnológica propia, una derivada de los trópicos, subtropicos y sus gentes, y diseñada para ellas. Un esfuerzo tal es de importancia decisiva en cualquier revolución o en cualquier modificación profunda de la sociedad.²⁵ Pero en América Latina no se está ni siquiera en la etapa de los borradores y muchas universidades persisten en mantener una estructura obsoleta con actitudes precientíficas. Así, los intelectuales y la *élite* universitaria en general han fracasado en suministrar una ideología y una técnica apropiadas para el desarrollo latinoamericano, suficientemente coherentes como para comenzar a resolver lo que aquí he denominado la cuestión ontológica.²⁶

No debe pensarse, sin embargo, que este grupo no haya tenido actitudes belicosas ni producido escritos tremebundos. A veces también resaltan sus gestos de dignidad, como ocurrió durante los recientes golpes militares de Brasil y Argentina. Pero más frecuentemente abortan un conjunto confuso de afirmaciones incongruentes. Ciertamente la más furiosa literatura contra el *statu quo* y la injusticia reinante en la estructura social latinoamericana ha provenido de este grupo iconoclasta, desde la mitad del siglo diecinueve. Pero este iconoclasmo —que con frecuencia no ha sido más que un culto verbal a la revolución— tiende a ser esporádico y de corta duración. Esto se comprueba, en especial, en muchos estudiantes universitarios que deben anticipar su asimilación a la sociedad una vez que llegan a los últimos años de estu-

25 Fals Borda, *Subversión*, 9; cf. Darcy Ribeiro, "Universities and Social Development", en Lipset y Solari, p. 377.

26 Sergio Bagú, *Acusación y defensa del intelectual*, Buenos Aires, 1959; J. P. Harrison, "The Rôle of the Intellectual in Fomenting Change: The University", en J. J. Tepaske y S. N. Fisher (eds.), *Explosive Forces in Latin America*, Columbus, 1964; Ribeiro, pp. 379-380.

dio.²⁷ Es impresionante ver cómo estos estudiantes se alejan de la masa general de la población o de la gente del común. En muchos países se resienten cuando ven a los voluntarios del Cuerpo de Paz en las pequeñas aldeas o en los barrios pobres trabajando y participando de la vida de los campesinos y de los trabajadores; y, sin embargo, muchos estudiantes latinos no quieren hacer lo mismo por temor a las inconveniencias y a hacer trabajos que a su parecer son denigrantes. Pocos puentes honestos se construyen para acercarlos a los campesinos y a los trabajadores; no se hacen esfuerzos de consideración para hablar el idioma de éstos o comprender y apreciar la cultura popular. Lo que generalmente pasa, en verdad, es que los intelectuales, los profesores y los estudiantes de este tipo olvidan fácilmente su "lucha por la justicia" y la entregan, en lo que demuestran cuán arraigada ha sido su educación clasista. Tienen lo que un agudo observador ha llamado "el anclaje burgués", relacionado con su mundo privado de sumisión y con sus preocupaciones básicas de alcanzar el confort material y el decoro social.²⁸

No queda sino aceptar que pueda haber una falla básica en el proceso de socialización del latinoamericano que produzca tal tipo conformista de personalidad, aún en el más crítico de los grupos, como es el de los intelectuales. Los más articulados elementos no conformes pueden llegar a ser, al final, instrumentos de la *élite* tradicional o columnas de soporte del *ethos* conservador.

Sin embargo, debe reconocerse el papel positivo que otros grupos del profesorado y el estudiantado universitario (y los estudiantes del bachillerato) han desempeñado en la búsqueda de cambios fundamentales en la sociedad latinoamericana. Con frecuencia han sido éstos

27 K. H. Silvert, "The University Students", en John J. Johnson, *Continuity and Change in Latin America*, Stanford, 1964; Robert C. Williamson, *El estudiante colombiano y sus actitudes*, Bogotá, 1962; Aldo Solari (ed.), "Estudiantes y Política", *Aportes*, núm. 5, 1967.

28 Frank Bonilla, "Cultural Elites", en Lipset y Solari, pp. 249-251. Véase, para una perspectiva contraria, Alistair Hennessy, "University Students in National Politics", en Veliz, *Politics*, pp. 119-157.

los únicos grupos que han ejercido presión para la transformación, aun en momentos en que era peligroso hacerlo. El idealismo de estas gentes, su honestidad básica por no estar envueltos en intereses creados, su defensa de ideales, su bien intencionada crítica a los sistemas académicos y políticos son cosas a su haber. Como se verá más adelante, hay razones para que la generación más joven desconfíe de las generaciones adultas, por la tendencia de éstas a traicionar sus compromisos iniciales y a detener el progreso real. Por lo tanto, puede ocurrir que en un período determinado de la historia los estudiantes se conviertan en censores de la nación, pasando a constituir una *antiélite*. Éste es un buen síntoma de renovación social. El movimiento estudiantil, puesto a trabajar para altos fines sociales, no puede sino brindar buenos dividendos para el mejoramiento de la sociedad.

Ha habido líderes de este grupo intelectual y universitario que han sido verdaderamente rebeldes: no han vacilado en incorporarse a expresiones activistas, como la guerrilla. Han sido tan consecuentes y firmes en sus convicciones que la única manera de detenerlos ha sido por el asesinato o a través de la violencia. Su contribución ha sido enorme como ejemplo y como símbolo. Algunos de ellos serán recordados por largo tiempo como individuos totalmente comprometidos con un causa justa. Por esta razón impresiona ver que sus muertes rara vez hubieran producido no más que revueltas de corta duración. Si éstas fracasaron tan rápidamente después de la muerte, indican que no hubo un arraigo real de las ideas revolucionarias y de la conducta innovadora que predicaban los jefes. Éstos araron la tierra y regaron la semilla de la protesta. Nada más; pero también nada menos.

Por otra parte, el oportunismo, el cinismo y una búsqueda egoísta del poder como un fin en sí mismo y no como medio para servir a la sociedad son algunas de las fallas encontradas en los *políticos* (como también en muchos intelectuales y en algunos rebeldes). Una de las causas principales de que las revoluciones latinoamericanas sean inconclusas y de que tengan resultados ambivalentes ha sido esta clase de liderazgo acomodaticio.

Podría argumentarse que la política es en sí misma oportunista, y que los líderes progresistas que llegan al poder deben tener en su recetario grandes dosis de compromiso y equilibrio para poder sobrevivir. Pero ésta fue precisamente la falla principal de Francisco Madero como líder revolucionario, así como la de otros subversores mexicanos del régimen de Porfirio Díaz. La tendencia a ceder de Madero sólo se equilibró por el compromiso atrevido de Zapata, Villa y otros jefes campesinos. Algo similar ocurrió en las primeras etapas de la revolución boliviana, cuando los campesinos impusieron su voluntad sobre el indeciso liderazgo de La Paz. Lo mismo puede decirse en el presente acerca de los enormes esfuerzos que hacen los líderes progresistas para tener éxito como gobernantes en América Latina y en otras partes.

En todo caso, debe haber un límite más allá del cual el compromiso político se convierte en traición de ideales. Y esto ha ocurrido con demasiada frecuencia en América Latina como para permitir que la necesaria subversión prospere. Aun en la actualidad se observan síntomas de ello en la forma como el presidente Belaúnde ha tratado la rebelión de los "termocéfalos" de su partido, políticos que quieren que regrese a la plataforma izquierdista que fue base de su campaña electoral; se observa lo mismo en la pasividad del presidente Barrientos ante el problema rural de su país, una actitud despreocupada contra la cual protestaron recientemente los obispos bolivianos; tales maniobras de refrenamiento pueden verse en el tratamiento que ha hecho el presidente Frei del ala izquierda de su partido demócrata-cristiano.

En forma semejante, importa descubrir que líderes destacados de la izquierda sean de hecho latifundistas o miembros prominentes de la comunidad financiera. ¿Cuál es el efecto de los factores psicosociales de su temprana socialización en esos medios, y cómo habrán afectado estos factores los procesos políticos en que aquellos líderes se han visto envueltos? ¿Cuáles son los imponderables que entran en juego cuando el liderazgo existente no está a la altura necesaria para crear un

nuevo orden social, sea debido a la educación que recibió o a algunas de sus conexiones sociales y económicas?

Una mirada hacia atrás a la historia reciente de América Latina demuestra una cierta tendencia en los líderes rebeldes a buscar la acomodación una vez que han llegado al punto peligroso del no retorno. Éste es el proceso de la "captación". Son típicos los casos de las primeras belicosas células comunistas y socialistas formadas en Perú, Colombia y Venezuela durante la década de 1920, a las que pertenecieron hombres hoy tan notables como Víctor Raúl Haya de la Torre, Alberto Lleras Camargo y Rómulo Betancourt. Sin duda, como antiélite²⁹ prestaron un servicio útil al retar al *statu quo* y presionar a los partidos tradicionales para que se renovaran y pusieran al día sus prácticas. El impulso de estos grupos se hizo tan fuerte que, de esos años de conflicto y lucha intensa, surgió la subversión más comprensiva de la sociedad local que se hubiera experimentado desde el lustro revolucionario de 1850. Retaron el "sistema" arriesgando mucho y con mucha dignidad, como se ilustra por sus escritos del período. Y el "sistema" con razón se preocupó por las condiciones socioeconómicas existentes reveladas por aquellos subversores.

Pero entonces, jugando a la vez con la dinámica de las fuerzas históricas y con las debilidades de la carne, las élites comenzaron a captar a los rebeldes ofreciéndoles buenas posiciones en el "sistema" o dejando que se las tomaran. Una vez allí colocados, los antiguos rebeldes completaron el ciclo de la captación al defender sus nuevas posiciones, y volviéndose entonces enemigos de auspiciar nuevos cambios más profundos.³⁰ ¿Cuánta tensión se evitó en la sociedad por esta captación de antiélites? ¿Fue la captación, favorable o desfavorable para el cambio socioeconómico que se requería? ¿Fueron las tremendas explosiones sociales que siguieron y la aguda

29 Véase el ensayo sobre las antiélites en este volumen; cf. Fala Borda, *La subversión*, apéndice B.

30 *Ibid.*, cap. 7; cf. Stanislav Andreski, *Parasitism and Subversion: The Case of Latin America*, Londres, 1966, pp. 232-243.

“Violencia” y las guerrillas de años posteriores, una consecuencia de tal captación? ¿Cuál es, entonces, la responsabilidad de aquellos líderes en impedir el cambio profundo en lo económico y en lo social en América Latina y en dejar tras de sí transformaciones inconclusas? Éstas son preguntas sumamente difíciles de contestar, que sólo recientemente han sido objeto de estudio para distintos investigadores. Siguen sin respuesta.

Así, en último análisis se llega a un problema de cultura y personalidad. Si los antropólogos y psicólogos aciertan en este sentido, entonces el ciclo de socialización que produce este tipo de liderazgo captable debe romperse por alguna parte. Este rompimiento puede ser suicida, como ocurrió con el “Che” Guevara y el padre Camilo Torres; puede ser menos dramático para aquellos otros que creen en formas distintas de acción. En la actualidad se vislumbran algunas señales que indican que no se va a continuar indefinidamente con esta clase de liderazgo captable en América Latina. Aparentemente ya existe un mayor compromiso con los ideales, y hay propósitos más claros entre algunos grupos subversivos. Además, se cuenta con una organización internacional sin precedentes. Esto indica que el ciclo de socialización ha venido desorbitándose desde hace algún tiempo. Pero probablemente debería permanecer en esta extraordinaria condición por lo menos por una generación completa, para comenzar a pagar dividendos en el cambio social y convertirse en elemento estratégico para alcanzar un nuevo orden social. Además, tendrá que contar con un liderazgo de habilidad sobresaliente, con el fin de que los errores y los cálculos equivocados en la estrategia que han ocurrido en esfuerzos subversivos del pasado —y que también han frustrado la revolución— no vuelvan a acaecer.³¹

Si los latinoamericanos —tan sufridos en la perplejidad como yo mismo lo estoy hoy— queremos saber lo que realmente somos y a dónde vamos, probablemente deberíamos continuar preparando a ciencia y paciencia y con

31 *Ibid.*, cap. 9.

todos nuestros recursos aquella estrategia y acción decisivas que prometan construir en nuestro medio una nueva y mejor sociedad. La pregunta que debe hacerse hoy no se refiere ya tanto a la incidencia o a la intensidad del cambio socioeconómico, o a sus etapas de despegue y de autosostenimiento: sabemos que esto no ha producido sino resultados ambiguos y un desarrollo sin rumbos. Ahora el problema toca a la esfera de los valores sociales y morales: cómo definir la *calidad* del cambio que queremos y en qué *dirección* queremos que avance.

La afirmación de América Latina en el mundo moderno bien pudiera resultar de su voluntad política para anticipar el conflicto con el presente orden social que esa meta implica, y el dar a la lucha inevitable fines constructivos. Así también podría alcanzarse algo de una autorrealización regional, consumiendo la perplejidad actual y cesando aquella búsqueda larga y tormentosa del ser que comenzó en nuestro continente hace más de una centuria.

impreso en litoarte, s. de r. l.
ferrocarril de cuernavaca 683 - méxico 17, d. f.
23 de diciembre de 1971
cinco mil ejemplares.